

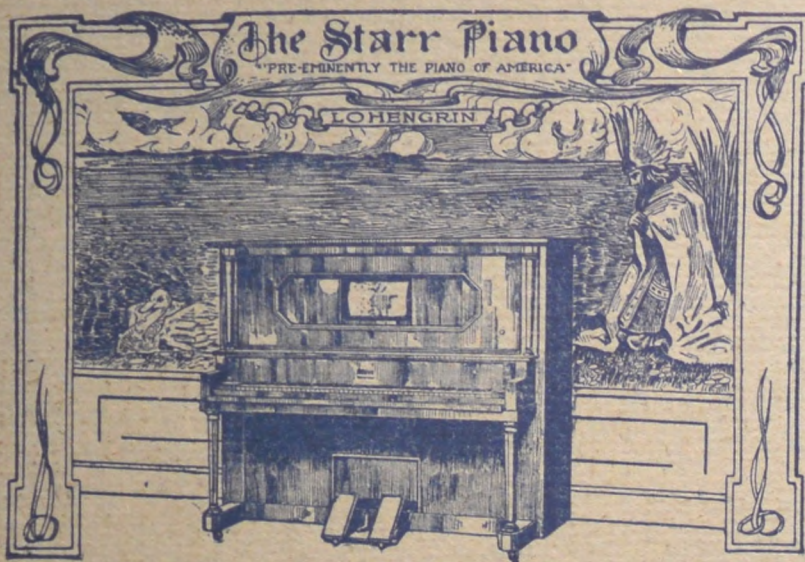
ANALES MUNDANOS

REVISTA - ALBUM
ARTISTICO - SOCIAL
LITERARIO - SPORTIVO
Y DE ACTUALIDADES.

Antoni Gaudí

PIANO AUTOMÁTICO STARR

Es el rey de los pianos, pues el fabricante ha adoptado todas las mejoras de los auto-pianos de buena marca, y ha corregido los defectos que estos presentan.



Es un piano automático tan perfecto que no pierde la voz ni con el tiempo más húmedo. :: Por ahora el fabricante quiere que se venda barato. :: :: ::

DEPOSITARIOS EXCLUSIVOS

MUEBLERIA CAVIGLIA

25 DE MAYO 569



CINE DORÉ

Bartolomé Mitre, 1378

MONTEVIDEO

El biógrafo más chic y elegante de Montevideo. — La exclusividad en numerosas marcas de cintas. — Los más variados estrenos. — Ofrece verdaderas primicias. — Vistas altamente morales — Novedades de continuo.

Crema Maravillosa

Blanquea, suaviza y hermosa el cutis
PRECIO DEL TARRO \$ 0.60

Use la pasta, polvos
y agua dentrífica
— ONILOG —

Preparados
en el Laboratorio de la



FARMACIA GOLINO - Soriano esq. Dayman

Teléf: LA URUGUAYA, 1971 Central

París Sastrería

de M. XIMENO

SAN JOSÉ 488 ESQ. ANDES

MONTEVIDEO



Tailleur Tailor's shop Alfaiataria
Schneider Sartoria Sastrería

NUEVA SIRENA

SARANDI, BARTOLOME MITRE y BACACAY



Grandioso Surtido de Artículos de Estación

Unícos representantes de los verdaderos Guantes "JOUVIN"

Corsés "G. P. á la Sirène" y del afamado "Te Mandarin"

CARLOS PFEIFF & Cia.



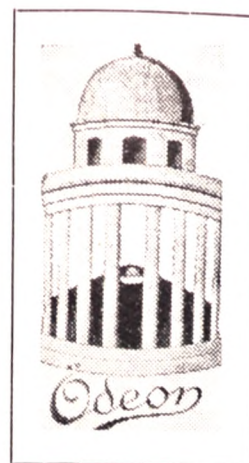
Los DISCOS de la ORQUESTA ROBERTO FIRPO

SE HALLAN A LA VENTA :: ::

POR MAYOR Y MENOR EN LA

Casa Lepage de MAX GLÜCKSMAN

Avda. 18 de Julio, 966 - Montevideo



DISCOS DOBLES

"ODEON"

25 ctms. a \$ 1.30 c.u.

506	Barografo	Tango	R. Firpo
	De mi flor	"	"
507	Alma de Bohemio	"	"
	Max Linder	"	M. C. Firpo
508	Germaine	"	Buchardo
	A. Newbery	Estilo	R. Firpo
	El amanecer	Tango	"
509	El solitario	"	"
510	Didi	"	"
	Toda la vida	"	"
511	El apronte	"	"
	Los Guevara	"	"
512	El Bisturi	"	"
	El Horizonte	"	"
513	Entre dos fuegos	"	Buchardo
	Corazón de artista	Vals	P. de Gullo

514	La Gigolette	Tango	Arostegui
	En la Rambla	"	"
515	El Flete	"	Greco
	Una partida	"	R. Firpo
516	Marejada	"	"
	El Horizonte	"	"
	Champagne	"	Arostegui
517	Alma Gaucha	"	A. Firpo
518	Racing Club	"	Greco
	Rococó	"	J. de Carafi
519	Fuegos artificiales	"	Firpo-Araola
	Que salga el toro	P. doble	R. Firpo
520	La Blynua	Tango	Labbisier
	Noche de Frio	Vals	R. Firpo
521	Noche calurosa	"	"
524	Firpito	Tango	Rocatagliata

525	En el desierto	Vals	R. Firpo
	Lágrimas y Sonrisas	"	"
526	Recordando el pasado	"	"
	Pabellón de las Rosas	"	"

Solos de piano por R. FIRPO

905	Alma de Bohemio	Tango	"
	De mi flor	"	"
906	Didi	"	"
	Toda la vida	"	"
907	El Bisturi	"	"
	El amanecer	"	"

TE TIGRE

¿Desea Ud. hacer buenas compras?

DIRIJASE A LA

VENCEDORA

Calle Uruguay, N.ºs 1124 y 1128

o en la

Av. General Flores, N.ºs 2561 y 2565

en donde encontrará Vd. un inmenso surtido en muebles de hierro y madera, de todas clases y estilos. Precios nunca vistos: basta solamente el hecho de tener juegos de **Dormitorios** para dos plazas a \$ 45.00 y juegos de **Comedores** a \$ 35.00

LA SECCION COLCHONERIA

es la mas importante de la República. — Además de la diversidad de artículos que se imponen por su buena calidad tenemos el elástico "El Vencedor", que solo el nombre indica lo que puede ser, y somos únicos fabricantes en Sud América. — Si usted nos visita, ¡economizará mucho dinero!

MODESTO RODRIGUEZ & Cia.

MONTevideo

ESTUFA DE CALEFACCIÓN

LA SALAMANDRE

"LA SALAMANDRE" Estilo Luis XVI

LA MEJOR CONOCIDA EN EL MUNDO



MARCA REGISTRADA

UNICO DEPOSITARIO EN EL URUGUAY

M. C. de CASABÓ

REPUESTOS Y ACCESORIOS * COLOCACION Y LIMPIEZA

AVENIDA GENERAL RONDEAU, 1602 Esquina CERRO LARGO

(Teléfono LA URUGUAYA 4, (Central))

MONTEVIDEO



Elegancias

Recibió todo el surtido de Invierno

TRAJES -- VESTIDOS -- PIELES -- SOMBREROS

25 de Mayo y Juan Carlos Gómez

COMETTI & Cía.

IMPORTADORES Y EXPORTADORES

PERFUMERÍAS D'ORSAY

DELETREEZ - IVANOFF — SESQUENDIET

Y OTRAS MARCAS

PRODUCTOS QUIMICOS

Y ESPECIALIDADES EXTRANJERAS

"VIROL"

Tónico poderoso y alimento completo para niños y adultos. Contiene extracto de Malta, médula roja de huesos, huevo y fosfatos vegetales. Da resultados admirables contra la extenuación de los niños y la consunción de los adultos.

Depósito: PROVISIÓN BEBÉ

Casa especial en alimentos para lactantes y convalescientes

SAN JOSE, 1026

(Entre Río Negro y Daymán)

Teléfono: LA URUGUAYA, 2393 Central

PARQUE HOTEL

BAJO LA DIRECCIÓN DEL PALACE HOTEL DE BUENOS AIRES

EL HOTEL MÁS LUJOSO Y COMODO DE MONTEVIDEO

Diners -
Concerts
de moda

Banquetes

Thés
Danzantes



Deportamen-
tos de lujo
para novios

500 habita-
ciones
amplias y
ventiladas

Calefacción

UNA VISTA DEL HOTEL Y SUS JARDINES

ALMUERZO \$ 1.50 * CENA \$ 2.00

Durante la presente "season" el Parque Hotel será el punto obligado de reuniones chic y elegantes donde se congregarán las familias más distinguidas de Montevideo. — Los días Jueves diners-concerts de moda. —

Orquesta en el salón comedor y salón de fiestas

En breve se inaugurará la gran sala de patinaje con reuniones diurnas y nocturnas. -- Gran orquesta.



ANALES MUNDANOS

DIRECTOR, FUNDADOR Y PROPIETARIO: CÉSAR ALVAREZ AGUIAR

Dirección y Administración: ITI ZAINGO, 1431

Teléfono. 1902 Central

DIVAGANDO

ATRAVESAMOS actualmente un momento de acetalia en el Gobierno de los destinos humanos. No hay una doctrina entronizada, no hay una creencia dominante, no hay una práctica a la que todos ajusten su acción, y en este caos en que se agita desorientada la conciencia universal, el sentimiento está adormecido a la espera de un nuevo ideal que lo conmueva, escudriñando el cielo para descubrir en él la estrella, no encendida todavía, que ha de guiarlo al pesebre en que nacerá el nuevo redentor, que forzosamente ha de nacer, porque la humanidad necesita siempre de un Dios que la presida, al cual pueden acudir en demanda de auxilio o de consuelo en sus horas de angustia y de tribulación. El hombre, en general, es esencialmente creyente: cuando no adora a una divinidad se prosterna ante un ídolo; cuando no reconoce una dogma se somete a una superstición; cuando no respeta la ciencia, acata el empirismo. Se burla del poder divino y tiembla ante la influencia del «jet-tatore»; duda del médico y se entrega al curandero; se dice ateo y cree en el maleficio del número 15 ó en el fatalismo de determinado día de la semana; cuando se considera más emancipado de todo fanatismo es más esclavo de toda superchería; y siempre ha sido y será el mismo. Sísifo, empeñado en hacer rodar la piedra de su misera condición hacia una cumbre que es sólo accesible para los espíritus



que pueden seguir la marcha ascendente alivianados de preconceptos obstinados y despojados de mezquinas pasiones. Y éstos son tan pocos...!

Con las religiones, que fueron las fuentes de sentimiento para las muchedumbres, se han ido las artes, y por esa razón cobran cada día mayor valor las obras que el pasado nos dejó y que no serán equiparadas mientras no surja un nuevo manantial de inspiración. En nuestros días, nadie podría pintar una Madonna, y quien lo intentase sólo alcanzaría a dibujar una mujer. Y no es que se haya ol-

vidado o perdido la tradición narrada y escrita sobre lo que fué la madre de Jesús, sino que ha sido desflorada su virginidad por el análisis filosófico que elimina todos los simbolismos legendarios para llegar al esclarecimiento de la verdad. Se han apagado en el cielo de la fantasía las luces que lo iluminaban. Han emigrado los dioses y las diosas del Olimpo; faltan los santos y las vírgenes y los arcángeles del paraíso celeste! Todo ha cambiado! Icaro vuela en aeroplano; Febo recorre el trayecto que separa el Oriente del Ocaso arrastrado en automóvil. Moisés escribe las Tablas de la Ley con máquina dactilográfica; Santa Cecilia oprime los pedales de una pianola; la ninfa Eco vaga desolada al ver robados los acentos de que poblaba el silencio de los valles y de los montes por las ondas etéreas transmisoras de la telegrafía sin hilos, y Hércules se ha echado a muerto al saber que un niño, con solo apretar el botón de un conmutador eléctrico, desarrolla mucho mayor poder que el de todas las fuerzas que él empleó para dar cima a los trabajos que le fueron impuestos.



Desvanecida la fábula, destruida la leyenda, aplastado el fanatismo, desenmascarada la superstición, sólo le queda al hombre la realidad desnuda de todo artificio, y no sabe qué hacer con ella. Si quiere expresarla en versos, le resultan derrengados y disonantes; si pretende cantarla en música, sólo obtiene sonidos descompasados y estridentes; si ensaya darle forma en la estatua, sólo consigue plasmar monstruosidades y groserías; si intenta pintarla en el lienzo, no alcanza más que a mezclar colorines abigarrados... El hombre ha vuelto al pristino estado de la efígie de barro que el Dios bíblico formó. Hay que esperar que un nuevo soplo infunda vida en su cerebro y engendre sentimientos en su alma para que resucite del marasmo en que yace...!

César Álvarez Aguiar

LA MOLINERA

(Traducción por E. Marquina)

POR la senda llana, los dos, tras, tras, tras,
van un rucio y una viejecita errante:
van los dos ligeros, dale que le das,
antes que anochezca, mudos: tras, tras, tras,
detrás la viejuca y el rucio delante

Tras, tras... La viejuca va para el molino:
ochenta años cuenta, ¡bien cumplido estol!
y está alegre, en este goce matutino,
tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea,
¡cómo trisca, al logro del camino llano!
ganas me dan, viendo su humilde ralea.
de irme a la parroquia blanca de la aldea,
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras y la molinera abuela
va toda empolvada, como a un festival:
porque la empolvaron la cara y la tela,
con callada harina la sonante muela,
los ángeles rubios con claror astral.



Va sin cabezada, en libertad franca
el rucio lustroso de parda color;
no le herraron nunca, nunca usó retranca:
y tras, tras, le aquiña la viejuca blanca
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta,
tras, tras, ¡qué recuerdos de antigua quietud!
mi abuelita ciega se me representa:
yo era de seis años, ella era de ochenta;
quien me hizo la cuna, le hizo el ataúd.

Tras, tras, tú sigues, lindo borriquito...
¡Para mis rapazas traédmelo aquí!
Nada más gracioso, nada más bonito:
cuando fué la Virgen camino de Egipto,
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, ¡es ya tarde, molinera santa!
Nacen las estrellas, clara muchedumbre...
Tras, tras... que mañana cuando el gallo canta,
madre molinera, corre y se levanta,
a vestir los nietos y encender la lumbre.

Tras, tras, el borrico sigue su camino...
¡y qué remembranzas va dejando en pos!
Cantaba mi abuela con su hablar cansino,
que era así, como éste, de manso, el pollino
que adoró en las pajas al Infante Dios.

Anochece... Suenan los bronces lejanos...
¡molinera blanca, de blancor de luna!
Tras, tras... y por verte pasar, tus hermanos
los astros, entreabren, piadosos y humanos,
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras, y mirando, blancura divina,
entre las estrellas la luna sin velo,
piensa el rucio: «¡Dios me valga, vecina!
¿quien será el que muele tanta rubia harina
con la muela blanca que está allá, en el cielo?»...

GUERRA JUNQUEIRO.

(Ilustrado por Pesca Castro.)

MONTECARLO

EN sus orígenes, los fenicios alzaron sobre la colina un templo de mármol y granito, dedicado a Hércules; los griegos de Marsilia continuaron su culto, que recibió más tarde el homenaje de las águilas del Lacio, hasta que la superstición moderna reemplazó con sus ídolos los dioses mitológicos. Ahí se formaron los blasones monegascos, que ostentan un monje atleta, de nutrida barba y espadón amenazante. A la muerte de Carlo Magno sucedió el dominio sarraceno; y en la decadencia de la Media Luna se formó en la roca un nido de piratas, que amontonó por centurias las presas del Mediterráneo.

De una banda de guelfos expatriados surgieron los Grimaldi, cuyo guantelete férreo fué ley en la región. Aventureros disfrazados de señores, implantaron el régimen de la intriga y la *vendetta*... Así cayó Juan II bajo el puñal de sus hermanos. La República Genovesa libró asaltos continuos a la fortaleza, y el Piemonte y la Francia se anexaron por turno la comarca, hasta que la diplomacia de Florestán I afianzó su independencia, ofreciendo a las potencias vecinas convertir en *limba* la guarida de sus antepasados.

Y al influjo del oro las peñas se transformaron en jardines; los palacios sucedieron a las cabañas; las avenidas rientes a las callejas malsanas; los hoteles suntuosos a los albergues míseros, y los aventureros de frac y pergamino a los piratas de los tiempos idos.

Hoy Mónaco es un país de opereta, cuya escena y bastidores ocupan veinte kilómetros de superficie.

Su aristocracia y clases dirigentes están representadas por un núcleo brillante de hoteleros y *croupiers*. El pueblo se compone de mercaderes, prestamistas y lacayos. La propina excusa el puntapié.

Su príncipe es un señor correcto, que organiza concursos deportivos, congresos científicos y rifas de automóviles, a proximidad del tapete verde. No habiendo impuestos, los gastos del presupuesto nacional están a cargo de los concurrentes.

El decorado escénico es maravilloso. Un gusto refinado ha presidido los detalles del lujo arquitectónico. Charles Garnier dejó su huella en las fachadas palaciales y Stecchi en la ornamentación escultural. Las terrazas y jardines, alfombrados de flores, alternan con la variedad maravillosa de los árboles. Los olivos, almendros, eucaliptus y plátanos nativos, se completan con las araucarias de Chile, las palmeras de Africa, los myoporum del Japón y los cedros del Líbano, aclimatados en la zona.

El esplendor de los escaparates sugiere la exorbitancia de los precios, como la apariencia de los jugadores de ruleta demuestra la plenitud de los bolsillos y la vaciedad de los cerebros.

Montecarlo es el país del lujo. No hay más miseria que en las almas.

■ ■ ■

Cuando el turista se detiene ante la escalinata del Casino, un lacayo abre siempre la portezuela del automóvil, para ofrecer al visitante el apoyo innecesario de su brazo.

El hábito de la propina, a la

vez que suprime en la plebe todo sentimiento de respeto o afecto, engendra una consideración simulada y exterior, que se traduce en una multitud de servicios inútiles, vecinos del ridículo. En el desarrollo del servilismo, la propina ha contribuido casi tanto como los títulos nobiliarios.

Un soberbio atrio circundado de columnas jónicas, candelabros y vasos, precede a las salas de juego.

Desde la entrada, se siente vibrar en todos los ámbitos un sensualismo formidable, que levanta el pecho de las mujeres, enciende las miradas de los hombres, y concentra la fiebre de todos en las grandes mesas verdes, en cuyo centro se precisan los treinta y seis números, atrayentes y fatales como un vértigo. La atmósfera cargada de perfumes, irrespirable con sus relentes de vicio, pesa sobre la muchedumbre que se codea y estruja para alcanzar un sitio, medio sitio, en las proximidades del tapete. Una organización diabólica aísla la concurrencia de todo contacto con la vida exterior. Las ventanas cerradas defienden la entrada del aire, y los cortinajes de terciopelo rojo, velando los cristales, ocultan el decorado del mar y la montaña.

Una claridad de crepúsculo artificial, perpetuada por cuatro arañas, parece destinada a disimular las contracciones que las alternativas de la lucha imprimen en los rostros: solo el fulgor del oro atrae como un imán el pensamiento y los ojos de la muchedumbre, inmolada sin remedio por la rapiña sabia de la *cagnotte*.

En aquella mezcla cosmopolita que se apoya y desliza entre las columnas de ónix anilladas de bronce, se ven usureros israelistas, de órbitas salientes y zarpas retráctiles; grandes duques condecorados en la orgía; rufianes y *maquereaux* de elegancia exótica, prestos al asalto; actrices renombradas y figurantes de cuarto orden; germanos de cogote opulento; aves negras de tipo clásico; yankees e ingleses tan tenaces en la usina o el sport como ante los caprichos de la bola; hombres de pluma, de paleta y de cincel; argentinos convencidos del determinismo de la *jetta*; filósofos grasientos, y una corte innumerable de *demi-mondaines* en trajes de satén, moda Imperio, listas a trocar sus joyas o sus brazos contra un fajo de billetes, al primer revés de la suerte.

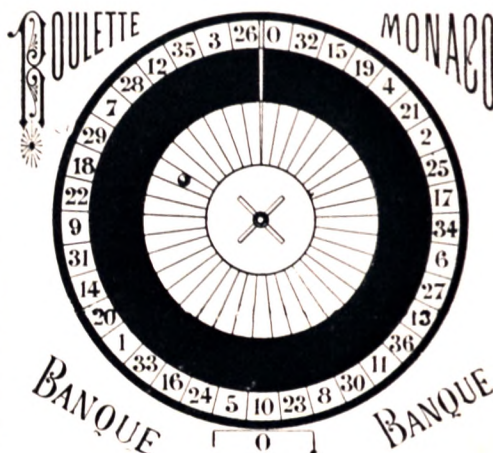
■ ■ ■

Allí se suele entrar joven y salir viejo, encanecido y desesperado, rumbo a la roca de los suicidas, situada a cien metros del palacio, y a cuyo pie aguarda siempre un bote el desplome de los cuerpos, consecuencia lógica del desplome de las almas.

La impaciencia es la antítesis de la fuerza. El ansia de las realizaciones rápidas, de los éxitos fáciles y las posesiones inmediatas,—trátase de la fortuna o de la gloria— suprime el gran cimiento de las construcciones morales: el esfuerzo.

El vértigo es hermano del abismo; y el espíritu fuerte que cruza las salas de Montecarlo sin sentir el acicate de una tentación, está más cerca de la cumbre que el mejor vencedor del «treinta y cuarenta».

LUIS E. AZAROLA GIL



El jardinero

Rabindranath Tagore, poeta bengalí, autor de "Gitanjali", (Ofrenda lírica), obtuvo el premio Nobel de literatura, discernido en 1913. Cuando esto se produjo, el mundo europeo suspendióse un momento e interesó su atención en aquel nombre raro, que provenía de un país de Oriente. Distinguióse así a un altísimo poeta, cuya labor sólo había sido conocida en Europa y América por algunos espíritus superiores. Sus poemas, fueron acogidos y gustados con verdadera fruición, por la afortunada sensibilidad del temperamento poético que evidenciaba el autor en ellos y por la sugestiva serenidad de las concepciones, profundas y aladas. Rabindranath Tagore, aclamado el más grande de los poetas en su país nativo, (Calcuta), donde le conoció el pintor inglés William Rothenstein, a quien se debe la revelación de tan grande personalidad. Su poema "El Jardinero", del cual damos en seguida algunos pasajes, fué vertido al castellano con amorosa preocupación, por el señor Muzio Sáenz Peña.

I

— Ten confianza en el amor aunque sólo desdichas traiga; no le cierres tu corazón.

— Oh no, amigo mío, tus palabras son oscuras... no las comprendo.

— El corazón sólo sirve para regalarlo con una lágrima y un cantar, amor mío.

— Oh no, amigo mío, tus palabras son oscuras... no las comprendo.

— El placer es frágil como una gota de rocío que muere al sonreír; más el dolor es fuerte y tolerante: deja que el doloroso amor despierte en tus ojos.

— Oh no, amigo mío, tus palabras son oscuras... no las comprendo.

II

— Únense las manos á las manos y se consumen los en los ojos. Así comienza la cortesía de nuestros corazones.

Es bajo el plenilunio de una noche de Marzo; flota en el aire el suave perfume de la "henna"; olvidada sobre el césped, yace mi flauta. Tu guirnalda de flores ha quedado á medio hacer.

Este amor entre tu y yo, es simple como un cantar.

Tu velo de azafranado color, emborrachó mis ojos.

La corona que tus manos tejiera ha hecho vibrar mi corazón como una alabanza.

Es el juego de dar y retener; de mostrar y esconder.

Algunas sonrisas, algunos rubores y algún dulce é inútil forcejear.

Este amor entre tu y yo es simple como un cantar.

No hay ningún misterio más allá del presente, ni esfuerzos para obtener lo imposible, ni andar á tientas en la oscuridad.

Este amor entre tu y yo, es simple como un cantar.

No abandonamos las dulces palabras para extraviarnos en el largo silencio; ni levantamos al vacío nuestras manos implorando aquello que está más allá de nuestras esperanzas.

No hemos exprimido el placer al extremo de extraer de él el vino del dolor.

Satisfechos estamos de lo que damos y recibimos.

Este amor entre tu y yo es simple como un cantar.

III

Háblame, amor mío, dime las palabras que tu cantas. La noche es oscura, las estrellas se pierden en las nubes, el viento suspira á través de las hojas.

Desprenderé mis cabellos y mi túnica azul envolverá mi cuerpo como la oscuridad de la noche; estrecharé tu cabeza contra mi seno y hablaré quedamente á tu corazón, allá en la dulce soledad.

No miraré tu rostro; atento te escucharé con mis ojos cerrados.

Cuando se hayan concluido tus palabras, permaneceremos sentados, silenciosos y quietos. Sólo se oirá el suspirar de los árboles en la oscuridad de la noche. Amanecerá el día. Nos miraremos á los ojos y tu marcharás por tu sendero y yo por el mío.

Háblame, amor mío: dime las palabras que tu cantas.

IV

Eres la nube de la tarde que flota en el cielo de mis ensueños.

A toda hora te pinto é imagino con los vehementes deseos de mi amor.

Eres mía; moradora de mis interminables sueños.

Rosados están tus pies con el resplandor que irradia mi corazón enamorado.

¡Oh guardadora de mis cantos crepusculares!

Dulces y amargos son tus labios con el sabor del vino de mi aflicción.

Eres mía, sola mía; moradora de mis solitarios sueños.

La sombra de mi pasión oscureció tus bellos ojos; ¡cazadora del abismo de las miradas mías!

Te he aprisionado en la red de mi música ¡oh amor mío!

Eres mía, sola; moradora de mis inmortales sueños.

VI

Dime si todo es verdad, amor mío; dime si esto es verdad. Cuando estos ojos irradian sus relámpagos, las nubes oscuras se arremolinan en tu pecho en tempestuosa forma.

¿Es verdad que mis labios son fragantes como el recién abierto pimpollo del amor consciente?

¿Se consumen en mi cuerpo, los recuerdos de los pasados meses de Mayo?

¿Es verdad que la tierra semejante á un harpa, vibra musicalmente al roce de mis pies?

¿Es verdad que las gotas de rocío caen de los ojos de la noche, cuando yo aparezco, y que es dichosa la mañana cuando con su tenue luz envuelve mi cuerpo?

¿Es verdad que tu amor solitaria viajó á través de las edades y de los mundos en mi busca?

¿Qué, cuando por fin tu me encontraste, ese deseo de toda vida halló reposo en mis dulces palabras, en mis ojos, en mis labios, y en mi flotante cabellera?

¿Es verdad, entonces, que el misterio del Infinito, está escrito en esta pequeña frente mía?

Dime amado mío: ¿es verdad todo esto?

IX

No guardes para tí, amigo mío, el secreto de tu corazón.

Dímelo á mí, sólo á mí secretamente.

Tu que con tal suavidad sonríes, no temas... dímelo quedamente, que te escuchará mi corazón, no mis oídos.

La noche es profunda, la casa está silenciosa, el sueño ha amortajado los midos de los pájaros.

Háblame á través de tus titubeantes lágrimas, con sonrientes tartamudeos y entre dulces penas y dolores, dime el secreto de tu corazón.

RABINDRANATH TAGORE.

Galería Social



Señorita Maria Carolina Favaro

Señorita Amalia Maeso de la Torre

Señorita Tullia Victorica Calvi

Cine y Dramones

APARTE del éxito — más o menos efímero, por lo que a la boletería se refiere — de las últimas representaciones, los únicos teatros que tienen casa llena, cuando no son las tonadilleras, son aquellos donde el drama policiaco, yankee por el espíritu y catalán por el acento — cuenta con el favor de la burguesía y de los obreros, y hasta con la piedad de la crítica.

Y no hay que extrañarse, pues siempre tuvieron más lectores Emilio Gaboriau, que Anatole France, y Luis de Val que don Juan Valera. Es tan prosaico, tan uniforme, tan monótono el sucederse de los días, que los espíritus sin fantasía y sin ensueño, los ajenos a la hondura del pensar y al placer estético y emotivo de las divagaciones poéticas, han de buscar distracción en los «hechos», en la «aventura», en las «peripecias de esos dramas «Caja de sorpresa», que entretienen tal y como la lectura de los acontecimientos y episodios belicosos, y como la contemplación de una riña callejera.

Son el pasto espiritual de la gente sin inquietudes, sin recuerdos, sin nostalgias, sin esperanzas, sin ideales, del cafañote y de la señorita que registran en su historia como el más grave conflicto, el dolor de unas botas demasiado estrechas o la fealdad de un lazo que la modista prendió con poca gracia.

El drama policiaco es el hermanito hablador del cinematógrafo mudo, con sus burdas catástrofes sensibleras, donde no puede exhibirse sino el instinto, la acción, lo dinámico, sin explicación y sin matices; el movimiento impulsivo, brutal y animal, sin la palabra que es patrimonio exclusivo del hombre. Y no se diga que en los dramones hay diálogos, pues que allí no se habla como la gente, sino como al autor del engendro se le antoja, y ese hablar, tan lejos de la sabiduría galdosiana y benaventina, de la fuerza de Hervieu, de la imaginación de Sardou, del ingenio un poco retorcido de Linares Rivas, de la gracia popular y sabrosa de los hermanos Quintero, de la gracia dislocada de Fleurs y Caillavet, de la achulada prosopopeya de Arniches y López Silva; ese hablar de policías y ladrones imaginarios, pone al drama de Nick Carter y de Sherlock Holmes, muy debajo del cinematógrafo, donde el disparate gramatical se reduce al anuncio de la película. Pero ambos son hijos de la misma mentalidad y merced a ellos, se convierte en curiosidad idiota, el artístico interés; en excitación nerviosa, la emoción estética; y en sensiblería cursi el sentimiento moral; — ambos viven del mismo amor, el amor del folletín.

Porque no es la afición al cine, predilección por la sombra al pecado propicia, ni es el entusiasmo por los dramas policiacos, mal encubierto deseo de adiestrarse en el robo, y admiración por los heroicos discípulos de Caco. No, la humanidad no es tan mala, es más bien tonta; y el hecho de que «Cabiria», con representarse a oscuras no atrajera a la gente, a pesar de la reconstrucción histórica y del lujo decorativo, como atrae «Max Linder y su suegra» y «Las aventuras de Carlitos», demuestra que se trata del cine por el cine, y del folletín por el folletín. En cuanto a maldad, mal puede haberla cuando los directores de films, atendiendo el deseo unánime de los futuros espectadores, dan a las cintas, siempre, la

solución más favorable a los intérpretes leales. Dejando para los traidores la amplia derrota, sin que a ellos les detenga, las circunstancias que se desarrollan y que parecen indicar en casi todos los casos, que el triunfo del traidor estaba asegurado — y el público regocijado, premia esta solución con francos aplausos. Lo declaramos con profunda tristeza, ya que, más amantes del arte que de la moral, preferiríamos ver en el triunfo de la película, un pretexto para el amor a oscuras, en lugar de la sinceridad de un entusiasmo imbecil, y en el de la maldad, al estúpido regocijo, de una benevolencia infantil. Algo de culpa, en todo esto, alcanza a los dramaturgos; unos por repetir constantemente la misma gracia, otros por pensar demasiado por adentro, y algunos disfrazar de literatura la ñoñez y llenar de hojarasca retórica, su vacío intelectual; han llevado al público en pos de un espectáculo donde ocurra algo, y haya pasión, y vida y sangre, aunque sean mala vida, bajas pasiones y sangre viciada. El público, hay que hacerle justicia — cuando el talento y el nervio dramático le dan arte, e interés, vida y belleza juntas, como en la «Malquerida», acude en masa a divertirse y a emocionarse.

Justo es también decir, que la cinematografía, al contrario del arte teatral, asciende visiblemente la cuesta del perfeccionamiento, le imprime a las cintas — a veces — un marcado sello de teatralidad efectiva. Lo dicen dos o tres films recientes, cuya argumentación e interpretación son sinceramente aceptables. Pero esas excepciones, no desdichan por cierto, mis asertos, y dejan para la mayoría de los casos, la curiosidad idiota, la excitación nerviosa y la sensiblería cursi.

La crítica, mientras tanto, se encoje de hombros. Los reclames de gacetilla vierten ditirambos y auto-bombos a las malas cintas y a los pésimos dramones; en las revistas, apenas si una ironía, — algo que va entre líneas — lanza piadosamente una censura sin eficacia, porque si el público del drama y del cine, supiera leer entre líneas, no se divertiría con ellos.

Los que más alto hablamos, tenemos el triste convencimiento de que predicamos en desierto y que en nada influiremos en la temporada teatral que se inicia; pero no podemos excusarnos de preguntar, considerando que buena parte de las concurrencias masculinas de los cines, se deben a la falta de atractivos nocturnos para el sexo, que será mejor para la cultura moral y mismo física, volvernos viciosos en un café o idiotas en un cinematógrafo.

¡Asusta pensar qué hombres de mañana serán todos los niños de hoy, que ya no leen las Mil y una noches, y los cuentos de Perrault, que ya no corren al aire libre, bajo el beso del sol, que sólo adiestran su inteligencia en el método inductivo y deductivo de un policía de teatro y van a marchitar su salud y su inteligencia entre las tinieblas del cine, donde se ofende a la gramática, al sentido común y donde sus imaginaciones infantiles, conciben para un futuro, que ellos aproximan, las emociones amorosas de un adulterio, los encantos de la seducción de una doncella o la experimentación de las refinadas caricias de la Bertini, Robinne, Borelli, etc.; sin querer ya suponer, los efectos perniciosos que puedan engendrar sobre las del sexo bello.



Pintura Rumana

GRIGORESCU



ASTA Grigorescu, la pintura rumana está en el misterio; con él se levanta la estrella que indicará el camino a muchas generaciones venideras.

No podía ser de otro modo, las continuas guerras, los terrores, las angustias, que se renuevan como las olas, durante siglos, no dejan tiempo ni espacio al arte para desarrollarse. Epocas de luchas á muerte, de tormentos sin tregua, no era entonces cuando la reflexión, el pensamiento, la divina chispa que está en el fondo del alma podía surgir, dirigirse hacia lo bello.

La pintura exige calma, confianza; quiere vivir libremente, inundada de luz. Una vida libre, exenta de inquietudes, es a la nobleza del alma indispensable.

En Rumania esto no podía ser; regresábase de la guerra, y menester era partir otra vez a combatir. Esteban el Grande, "Miles Cristi"; como lo nombra el papa, reina 47 años, y libra cuarenta batallas. Miguel el Valiente, reina ocho años y en cuatro meses gana diez batallas, y conquista 25 ciudades.

Es suficiente hojear la historia para ver las manchas de sangre surcar las orilla del Danubio. Así, todos los elegidos de nuestra nación mueren en el campo de batalla, en la lucha de la Cristiandad contra los Turcos.

Las mujeres aguardan el ser querido en el hogar, tejiendo la lana, y el mismo telar lleva el nombre de "resboiul" (guerra) — Es ciertamente desde aquellos tiempos, que se ha introducido en la lengua rumana la terrible palabra "dor" (tensión angustiosa del alma hacia el ser querido) y que nos dejaron los más preciosos cantos de guerra. Y, aún, si aquella época hubiese producido alguna obra,

ninguna podía haber sido conservada, pues en muchas iglesias, se encuentran todavía los restos de «Icone» quemadas, santos con los ojos reventados a golpe de lanza. Solamente después de las tormentas del siglo XVIII Rumania puede respirar; entrar en una época de

calma, surgir como una isla después de la tempestad.

Entonces aparece un hombre divino, cuya alma sublime contiene toda la luz, toda la dolorosa melancolía de su país: Grigorescu.

Sus cuadros son grandes poemas, llenos de dolor y de amor, de serenidad y de calma, donde vibra el alma rumana. El sentimiento de lo verdadero, la espontaneidad, la comunicación directa con la naturaleza, la confianza así, caracterizan

su obra. Sus cuadros son una ventana abierta sobre la vida.

Como muchos grandes artistas de su tiempo, no fué comprendido. Dos, tres generaciones pueden pasar sobre su obra sin verla! Que le importa, tiene confianza en su trabajo, hecho de verdad y de amor. El sabe que la verdad puede aguardar; aguarda los que deben venir, los ojos abiertos, para verla.



Dulcemente la vejez llega, y bruscamente Dios lo llama. Unos campesinos lo han puesto en un féretro de abeto, y en un carro de bueyes, lo han llevado a su última demora, según su voluntad!

Rumania perdía su Grigorescu, como Holanda su Rembrandt, como Italia su Miguel - Angel.

M. TH. JONESCU.

Traducción del Rumano por Atilio Ruggero.



Zagala Rumana (Grigorescu)



Pequeño Pastor (Grigorescu)



Página Jocososa

ANECDOTAS SOCIALES



HACE de esto varios años, formó parte de una misión diplomática ante el gobierno de un país vecino que goza, no sabemos si para su dicha o desdicha, de una alta temperatura; temperatura, que se manifiesta en todas las estaciones del año; un militar de alta jerarquía, cuyos grados los ha obtenido en el fragor de los combates que han ensangrentado nuestro suelo. El referido militar partió en compañía de su señora esposa, y no bien llegaron a la capital del estado vecino, trataron de informarse, sobre las características, modalidades, gustos etc. de aquellos que tan grato recibimiento les habían tributado. Entre la relación de ellos, figuraba en primer término el disgusto que causaba a aquel pueblo, que sus visitantes mencionaran los rigores de la elevada temperatura de que disfrutara.

Bien presentes tuvieron los improvisados diplomáticos la advertencia, más aún, cuando en verdad el calor reinante los erigía en víctimas. — Pero en medio de la tumultuosa vida social a que se veían sometidos y que violentaba sus costumbres, fué olvidada en parte la advertencia y en una recepción oficial en los salones de la sede del gobierno, en las horas de mayor calor: la esposa del general que ponía en peligro la estabilidad de su abanico, a fuerza de sacudirlo fuertemente en ansias de una brisa reconfortadora; hizo olvido absoluto de la observación. Y dando libre curso a su sentir exclamó frente a varios personajes de ese país entre soplidos de sofoco: — ¡Qué calor!... No bien había terminado de pronunciar las temibles palabras, cuando vió al amigo informador, que le lanzaba furibundas miradas: y al recordar en el instante la advertencia, sin más gestos que el de beberse rápidamente la saliva que se le agolpaba en la boca, dijo: — ¡Qué fresquito! ¡Qué fresquito!... Acompañando el gesto a la palabra, cerró violentamente el abanico. Y ponderó repetidas veces, las gentilezas de que era objeto por parte del país vecino.

• • •

Esta anécdota, tiende á demostrar el ingenio de una niña ante una situación difícil — Hace ya varios años que sucedió la escena que paso a relatar.

En un espléndido baile celebrado en una de nuestras más prestigiosas mansiones, una niña, hoy ya señora, mostraba en aquella manifestación social la brillantez de su belleza y distinción — Desde tiempo atrás un prestigioso compatriota, viudo y por añadidura de crecida edad, se insinuaba con sus galanteos que llevaban en sí, todo un definido propósito de porfiada conquista — En aquel baile, el maduro pretendiente se acercó á la niña — no bien hizo ésta, aparición en el salón — y de inmediato y a fin de evitar alguna aparición desagradable que viniera a turbar el diálogo a iniciarse; le ofreció su brazo para dar una vuelta por el salón primero y luego ser su compañero en la danza. A ambas proposiciones la niña respondió con una negativa, la que disfracó alegando que estaba comprometida — Aunque dudando el galanteador, se retiró a otro ángulo del salón, desde donde le dirigiera sus miradas. Dejó pasar una pieza — la que por cierto no bailó la niña — y se le dirigió de nuevo con igual petitorio — Igual negativa e idéntico pretexto. Vuelta de nuevo a su sitio, desde donde observó nuevamente, que sucedía lo mismo que en la anterior pieza. Hizo una nueva tentativa y con igual resultado.

Comprendiendo con exceso, qué significaba aquella negativa, volvióse a su observatorio lleno de despecho por aquella « galleta » inesperada.

Por un capricho de la suerte, aquella niña llena de atractivos físicos y morales, había sido olvidada de los caballeros, permaneciendo aislada en un ángulo del salón. El galán observaba lleno de gozo aquel desastre y se regocijaba interiormente pensando en el desquite.

Llegó así la hora de la retirada y para el enamorado hora de venganza y dirigiéndose a ella, le dijo con el más irónico tono:

— ¿Se ha divertido Vd. mucho? Sin esperar la respuesta, agregó: La he visto a Vd. planchar cuellos, camisas, puños...

Comprendía la niña cuánta verdad y cuánta amarga ironía tenían esas palabras, pero no se dejó vencer por aquella situación difícil y haciendo uso de su inagotable ingenio, respondió:

— Es verdad! He planchado cuellos, camisas, puños, todo... menos las arrugas de los viejos.

Rápida retirada del galán, que al llegar a la puerta y desaparecer tras ella con apresuramiento, sólo pudo balbucear esta palabra... « tableau! »...

A FINO, FINO Y MEDIO

También la política ofrece a veces, oportunidad de repetir notas chispeantes.

Hace de esto dos o tres meses un conocido miembro de nuestra Cámara Baja, que representa a uno de los Departamentos del Litoral escribió á un amigo suyo que desempeña en esa localidad el cargo de comisario, recomendándole diversos « muñequitos » electorales. — Siguiendo la fórmula corriente de redacción, terminó así la carta:

« Aprovecho gustoso la ocasión que se me presenta, para ofrecer a Vd. el testimonio de mi más distinguida consideración personal »

El amable comisario no queriendo ser menos, o en su deseo de dar al diputado su amigo, una prueba de su « finura », terminó la suya en la siguiente forma:

« Reciba Vd., señor diputado y amigo, el testimonio de mi consideración, mucho más distinguida y mucho más personal que la de usted ».

■ ■ ■

DE NUEVO EN INVIERNO

De nuevo el astro-sol, se acuesta más temprano y se le vanta más tarde. — No hay por cierto más remedio que imitar en sus costumbres a ese personaje que tantos favores nos brinda. Y así sucesivamente el resto de las obligaciones a hora fija operan los mismos adelantos y retardos.

— ¡Ya te he dicho que desde que el sol pasó el meridiano que no conozco, en esta casa se come más temprano! exclama don Rudesio a su hijo. Y este piensa con dolor, que en lo sucesivo sólo le será permitido tomar un solo « kola » en vez de tres, como era su costumbre y eso, sin poderlo jugar al cubilete. — Maldito invierno; exclama éste.

En verdad que es de grandes perjuicios para la juventud, eso de adelantar la hora de las comidas, máxime aquellos que tienen la costumbre de incitar la voracidad a fuerza de cocktails y carambolas. Los hay, quienes ven llegar la hora reglamentaria de su hogar, mientras « cinchan » una carambola o un casin a cuatro rayas. Y como es de suponer, la necesidad hace de las suyas y el reglamentado hace « pifia ». Es que en verano por efecto de los tranvías llenos, los atractivos playistas y la modorra motivada por la elevada temperatura, los padres no hallan la suficiente energía para censurar las tardanzas de sus hijos, pertenezcan éstos al sexo que pertenezcan.

— ¡Qué horas de llegar! dice doña Gertrudis a su hija Tota

— ¡Pero mamá! Tú sabes muy bien como son los « 51 », vienen pocos y llenos. Además cuando nos veníamos, se acercó Pancracio Sagarreta, que como tú sabes gusta de Adelita, y nos estuvo explicando las posturas de la Tórtola.

— ¿Les explicaba posturas?

— En el baile, mamá. Y la buena madre, pensando en la hijuela de Sagarreta, dió término a la reprensión.

Pero estos inconvenientes invernales, no logran empañar los sanos atractivos de la estación, que para los enamorados es panacea. Y si no que lo diga el siguiente diálogo:

— Qué felices seremos en este invierno! Le dice Pepito Cartón a su novia. — Tendremos Prado bi-semanal y ya sabes que a la sombra de los llorones y de las palmeras es cuando te muestras más apasionada.

— No es cierto, replica ella, siempre me dices que es cuando trabajo Costelo en el cine, que tengo para tí entusiasmos. — Hasta estabas celoso de él. — agrega.

— Mentira! La celosa eres tú, que me celas con la Bertini. No obstante estas divergencias, la pareja concurre de tarde al Prado y de noche al cine, y trabaja Costelo ó la Bertini, los enamorados acortan la distancia que media entre ellos y se profieren los más entusiastas términos.

— Me quieres? dice ella.

— Te adoro, dice él.

— Y entre arrechucho y arrechucho y pellizco y pellizco, recuerdan la temporada veraniega, que fué tan poco auspiciosa a sus intimidades amorosas.

Bendito invierno, pues nos hace ahorrar nickel en tren y nos proporciona los mismos atractivos del verano.

CASTO CALAMARES.

Salmo de la Penitencia



SENOR, en nombre de tantos bravos — que han salido — sin vacilar — y, valerosos, dóciles y graves — han perecido luego — en los combates;

Señor, en el nombre de tantas madres — que por sus hijos — ruegan a Dios, — y que ¡ay! ni en el año próximo — ni en el siguiente — los volverán a ver;

Señor, en el nombre de tantas mujeres — que guardan en el vientre — un niño — y que ¡pobrecitas! con lágrimas — mojan la tierra — y el cobertor de su lecho;

Señor, en el nombre de los pobres — en el nombre de los fuertes, — en el nombre de los muertos — que habrán perecido por la patria, por su deber y por su fé;

Señor, desarma tu justicia! — Lanza una mirada — por estos lugares; — y escucha, en fin, los gritos de los asesinados — y de los heridos!

Señor, la Francia y la Provenza — no han caído — sino por olvido; — perdónanos nuestras ofensas, — porque nos arrepentimos — del mal de otros tiempos.

Señor, queremos volvernos hombres; — en libertad puedes ponernos! — Galo-romanos e hijos de noble raza, — nos conducimos rectamente en nuestro país.

Señor, no somos nosotros los autores del mal; — envíanos hasta aquí — un rayo de paz!

Señor, vén en auxilio de nuestra causa — y reviviremos — y te amaremos.

Los deberes de la esposa



A siguiente hermosa carta de Diderot, ignorada hasta hace poco, fué publicada por el diario «Le Temps», de París, habiéndola recibido de manos de M. Fortunet Strowsky, maestro de conferencias en la Sorbona. El ilustre filósofo, compuso la epístola, para su hija, en el momento en que, recién casada, se alejaba de la casa paterna: Decía así:

«Vais hija mía, a dejar la casa de vuestro padre y de vuestra madre, para entrar en la de vuestro esposo y en la vuestra. Al conceder vuestra mano a... le he transferido toda mi autoridad; ninguna me queda ya. Hace un instante no más, que yo ordenaba y que era vuestro deber obedecerme; ahora sólo me queda el derecho del consejo. Voy a usar de él.

«Vuestra felicidad es inseparable de la de vuestro esposo; es absolutamente necesario que seáis felices o desgraciados el uno por el otro; nunca perdáis de vista esa idea, y temblad ante el primer disgusto recíproco que nazca entre vosotros, porque muchos otros pueden seguirlo. Usad con vuestro esposo, de toda la condescendencia imaginable, conformaos a sus gustos razonables, tratad de no pensar nada que no podáis decirle; que siempre esté él como en el fondo de vuestra alma; nada hagáis que no pueda él ser testigo. En todo y siempre, sed como sus ojos. Pensad que una joven que tiene el comportamiento de una mujer, que sabe conservar la conducta decorosa de una joven, se respeta y se hace respetar. De lo contrario no sabrías demostrar demasiada estimación hacia vuestro marido; es aquél un medio seguro de alejar de vuestro lado, a las mujeres de malas costumbres. En cuanto a los testimonios secretos de vuestro cariño, reservadlos para la soledad de vuestra casa; es así, como evitáis el ridículo, las observaciones maliciosas y los comentarios malsanos. Cuidad de vuestra salud. A la larga, la salud es la base de todos los deberes y quizás la que asegura las buenas costumbres de un marido; quien más nos ama, primero se compadece de nosotros, nos prodiga sus cuidados, pero concluye por fastiarse de vernos sufrir siempre. Si el espectáculo del sufrimiento empieza por acrecentar el interés, concluye siempre por destruirlo. Haréis vuestra casa tan grata a vuestro marido, que no se apartará de ella sino con pena, si sois dulce, complaciente y alegre. Tenéis que sobrellevar un fardo común; cargad valerosamente con la porción que os incumbe. Los negocios de afuera son los de él; los de adentro son los vuestros; disponed vuestra casa con inteligencia y con economía; menos estará vuestro marido en su obligación, si tiene alguna preocupación por la vuestra. Daos cuenta a vos misma todos los días; jamás vayáis al lecho, fuere cual fuere la razón, sin haber hecho bien el balance de vuestra jornada. A nadie confiéis el interior de vuestra casa. Yo mimo, sólo quiero saber de él, lo que creáis deber decirme; que él sea un misterio para todos los demás. Los éxitos despiertan la envidia; los infortunios apenas si excitan una falsa conmiseración; me encontraréis en todos los momentos de tribulación, y yo debo bastaros. Excuso recomendaros que tengáis buenas costumbres: la sospecha de una conducta indecorosa, hoy tan común, me agobiaría de dolor, os privaría de mi estimación y me expulsaría de vuestra casa y de muchas otras; después de haberme envanecido de vos, me moriría si tuviera que avergonzarme por causa vuestra, que me he acostumbrado a oír hablar de vos con honor. Cuanto más sois conocida por vos misma y por mí, tanto más estrepitosa sería vuestra vida desordenada. Precaveos sobre todo, contra los primeros días de vuestra unión; una pasión nueva, impele a indiscreciones que se notan y que se convierten en el germen de una indecencia que degenera en hábito; se es honrado sin preocuparse de parecerlo; es una gran desgracia perder la consideración inherente a la práctica de la virtud y, por la falsa opinión a que se da lugar ser confundida con la multitud de aquellas a quienes se tiene la convicción de no ser parecida. Se

protesta contra esa injusticia, y se carece para ello de razón.

«Se tiene el derecho de juzgar a las mujeres por las apariencias, y si existen algunas personas de una justicia lo bastante recta para no hacerlo y para preferir conceder el título de virtuosa a una mujer lijera, que negárselo a una mujer honrada, es una merced lo que ellas hacen. Os amo con toda el alma; si cuidáis de acrecentar ese sentimiento, si os preguntáis a vos misma: «¿Qué pensaría mi padre de mí, si me viera, si me oyese, si supiese?», obraríais siempre bien.

«Vais a entrar en el mundo; tened cuidado de vuestros primeros pasos. Asentad bien vuestro carácter. Recibid a todos aquellos que vuestro marido se complazca en presentaros: él posee sentido y razón; y confío en que no abrirá su puerta a ningún hombre sospechoso. No juzguéis apresuradamente; pero el día que hayáis desenmascarado bien a un personaje, que esté en el acto desenmascarado para vuestro marido. Evitad cuanto sea posible las reticencias, porque es imposible prever sus consecuencias. Limitad, limitad todavía vuestra sociedad. Donde hay mucha gente, hay muchos vicios. La sociedad numerosa, sólo es necesaria a aquellos que sienten hastío y que están mal consigo mismo. Valorad mi satisfacción, por la frecuencia de mis visitas. Cuanto más satisfecho esté de vos, tanto más me veréis. ¡Ay de vos y ay de mí si yo tuviese miedo de pasar delante de vuestra puerta!

«¡Hija mía, cuánto he sufrido y he llorado desde que estoy en el mundo! Consuélame. Te dejo alejarte, con una pena que nadie es capaz de concebir. De corazón te perdono, el que no la sientas igual. Me quedo solo, y sigues a un hombre al que debes adorar. Cuando menos, en vez de conversar contigo, como antes, cuando converse a solas conmigo, que yo pueda decirme enjugando mis lágrimas: «No la tengo ya, es cierto, pero ella es feliz».

«Si vuestros primeros días están bien ordenados, será ese un modelo al cual bastará con que ajustéis los demás. Dad a vuestros detalles domésticos, de todo género, las primeras horas de la mañana, tal vez hasta toda vuestra mañana. Fortificad vuestra alma, así como vuestra inteligencia, mediante la lectura, para la cual habéis tenido la suerte de contraer inclinación. No descuidéis vuestro talento; es el único terreno tal vez en que podáis distinguviros, sin que ello os exija un sacrificio esencial. Aunque ya no necesitéis un maestro, conservadlo, aunque solo fuere para mantener la sujeción al trabajo. Huid de la disipación; ésta es el síntoma del hastío y del desgano por toda ocupación sólida. Si yo pasase por vuestra casa, varios días seguidos sin encontraros, quedaría muy afectado por ello. Si encontrándoos, fuera lo bastante feliz para veros ocupada conforme a mi anhelo, mi corazón nadaría en la felicidad por todo el resto del día. Os ordeno que guardéis esta carta y que volváis a leerla, por lo menos, una vez todos los meses. Es esta la última vez que os digo: «Yo lo quiero».

«Adiós hija mía, adiós, mi querida niña. Ven que te estreche una vez más sobre mi corazón. Si alguna vez te he parecido más severo de lo que debiera haber sido, te pido perdón por ello. Ten la convicción de que los padres, son castigados bien cruelmente con las lágrimas, justas o injustas, que hacen derramar a sus hijos. Sabrás eso algún día, y es entonces que me excusarás. Si sacas partido de estos consejos, ellos te serán más preciosos que todos los bienes que de mí puedas obtener. Te bendigo, diez veces, cien veces, mil veces; ve, hija mía; nada extendiendo a los demás padres. Veo que su inquietud se acaba en el momento en que se separan de sus hijos; me parece que la mía empieza. ¡Yo creía que estabas tan bien debajo de mi ala! ¡Quiera Dios que el nuevo amigo que te has elegido sea tan bueno, tan afectuoso, tan fiel como yo!

«Tu padre.

DIDEROT ».



Señora Amalia Zumaran de Caprile

El placer de esperar

A RAFAEL RUANO FOURNIER.

DESTELLA ante vuestros ojos un vivo resplandor de esperanza? — Poco más podréis pretender, entonces, para ser dichoso. — Esperar es una divina promesa que se hace al espíritu sediento de más allá, presto siempre a incesante renovación, a eterna lucha. — Esperar es crear con el deseo y con la voluntad. — Esperar es disfrutar de todos los gozes sin el hastío de ninguno. Esperar es poseer todas las venturas y todos los tesoros, libre de las inútiles impaciencias y de los vanos temores por su conservación o por su guarda.

Cuando se ofrece de improviso a nuestro alcance, sin contrariedades ni sacrificios, una bella realidad, que pudo ser, — si tal lo hubiérais apetecido, un maravilloso ideal en la gesta de vuestra fantasía, — ¿le podéis dar, acaso, el ingente y verdadero valor que encierra? — No; no podríais dárselo. — Sin lucha, sin esfuerzo, sin prueba, no os representa más que un mero acontecimiento fortuito en vuestra vida, como tantos otros banales e incoloros. — No habéis sentido por esa realidad que se os presenta espontánea, ni la ansiedad de su logro, ni el placer de su espera, ni el dolor de sus incertidumbres. — No es vuestra pues. — No le habéis dado nada de vuestro espíritu; el misterio no le ha embellecido con su veste de sombras y el dolor de sus ensueños no le ha escornado con refulencias de plata...

Pero, cuán grande y hermosa juzgáis la realidad que habéis conquistado con tesonero afán. — La magnitud é intensidad de la lucha fija el valor de la conquista; y si el dolor de la impaciencia o de la duda mordió en vuestra alma con acerados dientes, la herida se cauteriza en el halago, y cada punto que cierra se torna en nuevo placer. — Entonces, sabéis aquilatar su valimiento y comprender su alcance. — Los momentos de abnegación y de contrariedades, y las horas del esfuerzo y de los sacrificios os dan derecho a su posesión, y llegáis a ella — ¡César victorioso! — plena el alma de satisfacciones, que son otros tantos estímulos para futuras conquistas.

Si os fuera dado cristalizar vuestros deseos en la realidad, cuando apenas se insinuaron, sin que para ello se necesitara el más débil empuje, el mínimo gasto de energías, seguro debéis estar de que más que un graciable beneficio, fuera una atroz tortura. — Lejos de vuestro lado remontaría su vuelo la esperanza

y no sabríais de satisfacciones ni venturas, ya que tampoco os visitarían las inquietudes ni el dolor. — La sentencia de Anacarsis, en vos se cumpliría nuevamente, que es un gran mal el no poder sufrir mal alguno. — En la monotonía de nuestra existencia no habría un solo día diferente a los otros. — Todo igual; todo perfecto; todo nivelado por la más tediosa uniformidad!

— ¿Recordáis, acaso, la leyenda de aquel hombre bueno, que, en premio a su virtud excelsa, un genio protector — como en los cuentos de Scheherezada, — se le presentara, envuelto en nubes de colores varios, impregnados de aromas sutiles, para concederle, generoso, la gracia que él solicitara? — ¿Recordáis su súplica? — Quería la realización de todos sus deseos al punto mismo de manifestarse. — Quería la efectividad de todas sus ambiciones sin que tuviera que anteponer a su consecución ningún esfuerzo, ninguna lucha. — El genio, — ¿lo sabes? — accedió a tan raro petitorio; el hombre de la leyenda fué, de entonces, poderoso señor, omnipotente y único. — Todo conseguía a la sola insinuación de su deseo — Todo era suyo apenas lo quisiera suyo. — No podía esperar; tampoco vibraba su alma en la impaciencia ni en los sobresaltos de las decepciones o de las incertidumbres. — ¿le creeríais feliz? — No; el tedio, la monotonía, la saciedad de sus satisfacciones le hacían desgraciado...

No pudo, de tal modo, vivir esa vida largo tiempo. — En medio a su hastío indisipable, en la pobreza moral de sus abundancias materiales, en aquella hartura de satisfacciones sin dificultad logradas, clamó presuroso por el genio protector. — pues moría de tedio y pesadumbre, — y dando vuelo ráudo a un supremo y desconocido anhelo de febrilidad y de inquietud, pidióle revocara la gracia concedida y le tornara a su primitivo estado, en el cual su espíritu sufriera, para su bien, las indecisiones de la duda; se templara su carácter en el incesante batallar de la existencia, y se abrieran las puertas azules de su alma a la caravana de los ensueños, que le traían en las noches calladas y serenas, el suave claror de la luna y en doradas alforjas, el intenso y fecundo placer de esperar!...

GABRIEL A. DE LEÓN



A prensa americana informa al «Viejo mundo» de un lance extraordinario, genuinamente yanki, acaecido en New York, entre personas de la alta sociedad.

Es una dislocación del humour sajón, un desvarío macabro que sería grotesco si la lividez de la muerte no fuese unida a la bufonada del payaso.

Los antecedentes del hecho no dejan de brindar cierto aderezo romántico, muy simpático. Una señorita bellísima, sostuvo relaciones amorosas con Mr. X, hijo de millonario.

Según parece, el galán no tenía más que eso, mucho dinero; lo cual en la Bolsa del Ensueño, tan grata a las mujeres, suele significar bien poco. El noviazgo, sin embargo, iba como sobre rieles; hasta que la marañera fortuna

permitió que la muchacha conociese a un joven, menos rico que el otro, pero más guapo mozo a carta cabal. Y seguramente de más asotilado entendimiento y de lengua mejor prendida. ¿Qué experimentaron los dos al conocerse? O fué, quizás uno de esos «flechazos» que corroboran la teoría de los llamados «organismos complementarios?»...

Algo así hubo de ser, por cuanto la señorita; pasándose bajo sus lindos piés toda clase de miramientos sociales, dejó plantado a Mr. X. Y aceptó la mano de su segundo admirador.

El mismo día de la boda, momentos antes de ir los novios a la iglesia, recibió *Ella*, de parte de Mr. X, una caja que pesaba bastante. Un regalo, sin duda.

El galán desdeñado, perdonaba a la ingrata en el momento preciso de verla abandonarse entre los brazos de otro hombre; era un rasgo hermoso, una generosidad caballeresca que llegaba al alma. ¿Cómo pudo extremar tanto su sacrificio?

Abierta la caja, de la cual parecía emanarse un raro y tenebroso misterio, resonó un grito de horror. La novia cayó al suelo presa de un síncope; varias señoras se desmayaron y los hombres gimieron bajo una ráfaga de espanto. Dentro de la caja yacía exangüe, traslúcida, con los cabellos pegados sobre la frente por el trasudor de las últimas ansias... ¡la cabeza de Mr. X...!



Cuando la novia recobró sus sentidos, sus padres y su prometido la rodearon.

— ¡No te apures! — decían — no ha sido nada. ¡Mira! La cabeza es de cera.

Efectivamente; todo había sido una broma, una especie de mueca siniestra. X, por donaire, acaso para vengarse fieramente de su antigua amada, era el autor de aquel trágico regalo.

Ella, al fin, comprendió.

¡Ah! Yo hubiese querido conocer las diferentes irisaciones sentimentales — momentos rapidísimos como fragmentos de segundos, — por que pasó su espíritu en los instantes subsiguientes al desmayo. Al despertar, su primer gesto fué de estupor; no veía nada, no comprendía nada; el espanto había desconcertado a la vez sus sensaciones y sus ideas.

Luego, al renacer la personalidad, su alma femenina, su alma romancesca y cruel, debió de experimentar, si bien de modo inconsciente una emoción de orgullo.

Una voz vanidosa musitaba en su oído: «Alguien se ha matado por tí...» casi al mismo tiempo, esta imagen imprecisa y terrible se definió.

La joven no comprendía aún como X pudo arreglárselas para enviarle tan fúnebre obsequio, pero lo cierto es que el infeliz se había suicidado. La joven sentía brotar en sus profundos un vaho de egolatría. ¡Su amor ungido con sangre!

Acaso todas las mujeres fueron capaces de inspirar un drama igual? Ah, pero ella, sí! Ella era Cleopatra... era Salomé!

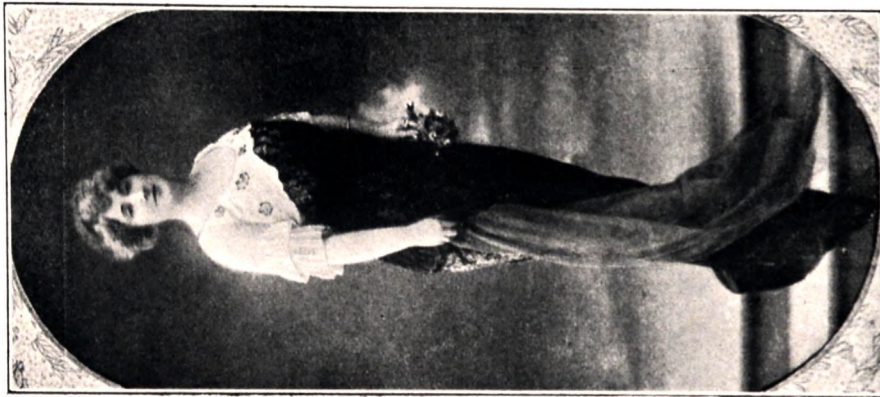
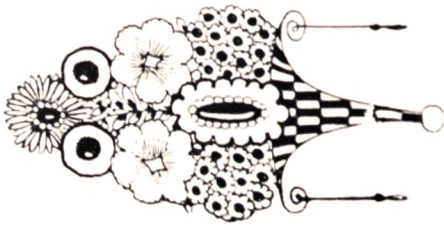
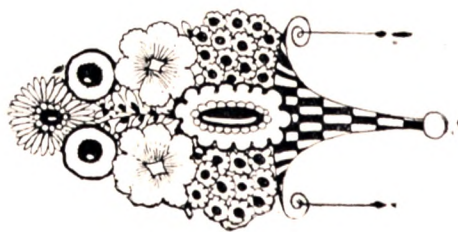
Hasta que la cómica realidad se abrió camino y vió claro, y experimentó en el corazón, semejante al golpe de un rehilete envenenado, el ridículo que echaba sobre su matrimonio aquella cabeza apócrifa.

Mr. X. había sabido vengarse; sí, ella le maltrató con su desdén, él la humilló con su burla; y de todas las heridas, para las mujeres especialmente, la herida de una risa es la peor...

EDUARDO ZAMACOIS.

Ilustrado por M. Méndez Magariños.

De la sociedad salteña



Señora Elena Amestoy de Solari



Niños José Luis Brum Larrañea
Margot Solari Amestoy



Nina Olga Chlazzaro

ARTE PICTO



Gante. Mercado de Santo Jacobo

Cuadro de Bruegel.



Crepusculo en Bruges

Oleo de Victor Gilsoul.





Señorita Silvia Victorica Calvi

RICO BELGA



El Canal de Bruges

Óleo de Victor Gilson.



G. de Crayer. La Pesca Milagrosa

Museo de Bruselas.





Señorita Celina Costa



Quienes creen en Dios

(DE VÍCTOR HUGO)

DIOS se encierra, pero el pensador atisba detrás de la puerta.

Todo aquel que posee la noción del deber; todo aquel que tiene el sentimiento del derecho; el que tiene la percepción de lo justo y de lo injusto; el que tiene un ideal desinteresado; todo aquel que se olvida de sí mismo y hace pensar, antes que en él, en todo lo que no es él; todo el que quiere bien para el género humano; el que tiene en el corazón latidos del corazón de la humanidad; el que se siente hermano del pobre, del pequeño, del menor, del débil, del que padece, del enfermo, del ignorante, del desheredado, del esclavo, del siervo, del negro, del condenado; todo el que desee luz para el ciego, libertad para el oprimido; todo el que se siente miserable con las miserias ajenas; todo el que trabaja por el mejoramiento de los demás, y llora con sus lágrimas y vierte sangre de sus llagas; todo el que prefiere su propio sacrificio al sacrificio de su her-

mano; todo el que tiene la visión de lo verdadero y el deslumbramiento de lo bello; todo el que embelesado escucha una armonía, o contempla una flor, una blancura, un candor, una claridad, una mujer; todo el que admira un ingenio y se conmueve mirando una estrella; todo el que dice en su conciencia «esto es bueno», «esto es malo»; todo el que no mata una mosca inútilmente; todo el que ama y siente el infinito en su amor; todo el que reconoce que hay un camino tortuoso y una línea recta; todo el que obra de acuerdo con su conciencia; todo el que tiene su ideal y se entrega a él; ese, sea quien sea, y quiéralo o no lo quiera, cree en Dios.

Todo el que dice conciencia, virtud, bondad, amor, razón, luz, justicia, verdad... percibe, sabiéndolo o sin saberlo, uno de los misteriosos perfiles de ese rostro sublime: Dios!



Se trata de una historia sutil y ténue, tan ténue, que temo, al fijarla en el papel con palabras escritas, quitarle su gracia delicada, su leve sabor. ¿Por qué, pues cuando nos fué referida una noche en una estancia lujosa por la encantadora mujer que de ella es la heroína, produjo en todos nosotros una impresión tan tenaz, que ha llegado a ser, en ese rincón de la sociedad parisiense, una de esas historias clásicas, patrimonio de cada grupo social y cuya alusión es siempre comprendida y celebrada? Tal vez porque fué un parentesis luminoso en los chismes de adulterio, en las frivolidades de política y literatura: acaso también porque así como una actitud, un gesto, bastan a veces para hacernos adivinar debajo de un vestido todo un cuerpo femenino, así también en ocasiones, son suficientes unas pocas frases sinceras, dichas por una mujer, para poner enteramente al desnudo su alma.

Habiase hablado de las incitaciones misteriosas, hoy clasificadas y denominadas por la ciencia y de las que contadas personas estan exentas, que impulsan invenciblemente a unos a contar las flores del papel pintado que cubre las paredes de una habitación, a los volúmenes de una biblioteca, es decir, todo lo que es sumable a los ojos, a otros a imponerse la tarea, mientras caminan a lo largo de una acera, de llegar a tal farol antes de que les haya alcanzado un coche que marcha detrás de ellos o antes de que un reloj haya dado su última campanada; y a otros, finalmente a imponerse cada noche, antes de acostarse, extrañas obligaciones de arreglar objetos o de visitar alacenas y arcas; en suma, de todas esas enfermedades ligeras de nuestro cerebro contemporáneo, migajas de monomanía y de locura transmitidas de herencias en herencias y dispersadas entre toda la vieja Humanidad. Y todos nosotros confesábamos nuestras debilidades, nuestras ridiculeces de monomaniacos, tranquilizados por la confesión de los demás y encantados de encontrarlos semejantes a nosotros, peores aún que nosotros.

■ ■ ■

Sólo una señora joven nada había dicho, nos escuchaba con cierta expresión de sorpresa pintada en su semblante apacible, que orlaban unos cabellos hermosamente negros y perfectamente peinados.

— ¿Y usted, señora, — le preguntaron, — está usted indemne de nuestras manías modernas? ¿No tiene usted la más mínima miseria nerviosa que confesar?

Pareció buscar sinceramente entre sus recuerdos y con la cabeza hizo varios signos negativos. Comprendíamos que decía la verdad de tal modo lo que de ella se veía y se decía, su reposada conducta y su fama de esposa intachable la distanciaban de las muñecas mundanas que acababan de confesar su vida desordenada.

Pero sin duda su modestia se asustó de ostentar una indemiudad tan absoluta cuando todos los demás habían hecho confesión de sus miserias, pues en seguida se rectificó:

— No puedo decir que acostumbro yo sumar números de coches de punto, ni hacer el inventario de todos mis armarios antes de acostarme. Sin embargo, el otro día sentí algo que tiene bastante analogía con esto de que ustedes estan hablando, si no he comprendido mal... una especie de impulso interno, una fuerza que obliga a realizar inmediatamente un acto indiferente como si en ello le fuese a uno la vida.

Le pedimos aquella historia, que refirió amablemente y como pidiendo perdón por ocupar la atención ajena con tan insignificante aventura.

■ ■ ■

— He aquí, en pocas palabras, lo que me sucedió hace cinco o seis días. Había salido con mi hija Susana, ya la conocen ustedes, que tiene ocho años, la acompañaba a su colegio y, como hacía un día tan hermoso, decidíme a ir a pié por los Campos Eliseos y los bulevares, desde mi casa a la calle de Laffitte. Caminamos charlando alegremente, cuando al lle-



gar a la plazoleta, un lisia do, bastante joven, se nos puso delante sin decirnos nada. Yo llevaba mi sombrilla en la mano derecha y con la izquierda me aguantaba la falda; confieso que no tuve paciencia para detenerme y sacar mi portamonedas y proseguí mi camino sin dar nada al pordiosero.

Continuamos bajando por los Campos Eliseos. Susana había enmudecido de pronto y yo misma, sin saber por qué, tampoco tenía ganas de hablar; estábamos ya en la plaza de la Concordia y desde nuestro encuentro con el mendigo no habíamos cruzado una sola palabra. Poco a poco sentí nacer en mí y aumentarse una especie de inquietud, de malestar, la sensación

de haber realizado una acción irreparable y de estar, por razón de ésta, amenazada de un vago peligro en lo porvenir.

Generalmente me esfuerzo en ver claramente en mi interior; así es que, sin dejar de andar, examiné mi conciencia: Veamos — me decía —; no he cometido alguna falta muy grave contra la caridad no dando nada a aquel mendigo... Jamás he tenido la pretensión de dar a todos los pobres que encuentro. Ser más generosa con otro y en paz.

Pero todos mis razonamientos no me convencían a mí misma y mi descontento interior aumentaba y llegaba a ser una especie de angustia; tanto, que diez veces sentí deseos de retroceder hasta el sitio en que habíamos encontrado al hombre. ¿Creerían ustedes que un falso sentimiento de respeto humano me impedía hacerlo en presencia de mi hija? La verdad es que no valemos nada en cuanto obramos pensando en el juicio ajeno.

Habíamos llegado casi al término de nuestro paseo e íbamos a doblar la esquina de la calle de Laffitte, cuando Susana me tiró suavemente de la falda para detenerme.

— Mamá me dijo.

— ¿Qué quieres, monina? — le pregunté.

Clavó en mí sus grandes ojos azules y me respondió:

— Mamá, ¿Por qué no has dado una limosna a aquel desgraciado de los Campos Eliseos?

Al igual que yo, no había pensado en otra cosa desde que habíamos encontrado al mendigo: su corazón, como el mío, estaba oprimido; pero mi hija, más buena que su madre y más sincera, contestaba sencillamente su inquietud.

No vacilé ni un instante.

Tienes razón, hija mía — le dije.

Bajo la obsesión de nuestra idea fija, habíamos andado más de prisa que de costumbre así es que faltaban todavía veinte minutos para la hora de clase. Subimos a un coche Susana y yo, y el cochero, estimulado por la promesa de una buena propina, puso a buen trote su caballo en dirección a los Campos Eliseos.

Mi hija y yo íbamos cogidas de las manos y aseguro a ustedes que no nos sentíamos tranquilas. ¿Se había marchado el mendigo? ¿Si no lo encontrásemos ya?

Llegadas a la plazoleta, nos apeamos e inspeccionamos la avenida: el pobre no se ve en parte alguna. Pregunté a una alquiladora de sillas, la cual me dijo que recordaba haberlo visto, que no era uno de los mendigos habituales de aquel lugar y que no sabía hacia donde se había marchado. Apremiaba el tiempo y nos disponíamos a marcharnos disgustadas, cuando Susana divisó al pordiosero sentado en culellas junto a un árbol, dormía y tenía entre sus rodillas el sombrero.

Susana acercóse a él de puntillas, echó en el sombrero una monedita de oro y regresamos a la calle de Laffitte. Comprendo que fué una ridiculez, pero mi hija y yo nos besamos como si acabáramos de escapar de un gran peligro.

■ ■ ■

Calló la dama, ruborosa por haber hablado tanto tiempo de sí, en medio de un profundo silencio, ya nosotros que la habíamos escuchado religiosamente, nos parecíamos haber respirado un aire purísimo o haber bebido fresquísima agua en el mismo manantial.

MARCEL PREVOST.

NOTAS

Hablar del talento de Blanes Viale, de las fugaces transformaciones luminosas fijadas en el lienzo para deleite de los que han sabido contemplarlas en la naturaleza; hacer notar los estudios de peces o de frutas al aire libre que reclaman imperiosamente el reemplazo de esos bodegones ahumados que decoran tantos interiores encopetados; comprobar que un cuadro suyo de pleno sol traspasa el muro con la misma eficacia con que nos transporta a un país de ensueño si trata un tema sombrío; afirmar en fin que es tan evocativo pintando un claro de luna como un retrato, sería repetir una vez más, lo que todos decían visitando la exposición de sus obras que conjuntamente con las de Pablo Mañé realizase el mes pasado en un salón de la calle Sarandí.

Se puede asegurar que todo Montevideo desfiló por ella y que su éxito impuso a Blanes Viale, después de haber sido otras veces discutido y hasta criticado tan acerba como injustamente.

El número de adquisiciones bastaría ciertamente para convencer a cualquier incrédulo.

Hasta ahora nuestro público interesábase solo por cuanto nos llegara del extranjero, aún si sus méritos eran muy pequeños. El hecho de que ahora empiece a interesarse por uno de nuestros artistas de verdadero mérito, es digno de encomio y promisor de mejores tiempos para nuestro arte, desgraciadamente más apreciado en el extranjero que en nuestro país.

Pero el primer paso ya está dado y en adelante, obras de los artistas serios modernos, reemplazarán sucesivamente otras que triunfaron en nuestros salones gracias a la ignorancia del medio no siendo a menudo sino obras insignificantes fabricadas por especuladores poco escrupulosos y según la receta más cotizada del momento.

Pablo Mañé que presentaba por primera vez un selecto conjunto de esculturas, recibió de inmediato su consagración definitiva. De ese conjunto, «La Maternidad» ya expuesta anteriormente, «El Loto» que se conocía por fotografías remitidas desde París y sobre todo las dos cabezas de bronce que figuraron en el último Salón Madrileño, bastarían para imponerlo al público más exigente.

Su labor del último año convenció a todos de que se trata de un verdadero artista para el cual tiene mayor interés producir cada vez mejor que producir mucho.

Su última obra «Los Trabajadores del Campo» es de gran aliento y parece creada expresamente para probar que aquí tenemos artistas capaces de decorar nuestro futuro Palacio Legislativo en forma que haría honor al país.

El eximio arquitecto señor Moretti, en una *interview* periodística, manifestó su anhelo de que dicho Palacio fuera el exponente de nuestra cultura artística en esta época.

En ese monumento de estilo clásico modernizado, estaría muy en su lugar la decoración de ese bajo relieve del Trabajo también de estilo clásico modernizado.



El ingeniero señor Guillot es merecedor de un aplauso sincero por la transformación que está realizando en nuestro abandonado paseo del Prado.

Pronto Montevideo contará con un parque verdaderamente señorial a la altura de lo que se quiere hacer de esta ciudad.

Si logra para la Avenida Bushental una iluminación más acertada que fastuosa y un aspecto perdurable en los bancos y adornos del paseo, podremos afirmar que se empieza a trabajar con conciencia de lo que debe hacerse.



Tres cuadros de Anglada y Camarasa tuvimos la suerte de contemplar últimamente en el salón Moretti y Castelli de la calle 25 de Mayo. Dos que podríamos llamar apuntes, revelaban a la legua la intensísima personalidad de Anglada, su pasión por los efectos de luz artificial que lo mismo le permite obtener cromatismos nunca conseguidos por otro artista, como efectos de un vigor y riqueza excepcionales cuando hace destacar sus personajes iluminados por luz artificial, sobre paisajes nocturnos y de claro de luna.

El tercer cuadro de mayor importancia, «Fiesta Valenciana», nos recordó otro de grandes dimensiones, verdadera sinfonía de color, que pudimos admirar en la Exposición del Centenario Argentino donde Anglada estaba estupendamente representado. Todas las demás telas, aún las de los artistas más grandes de nuestra época volvíanse rancias, chatas y convencionales a su lado.

Su técnica impecable le permite las mayores osadías y a poco que se le comprenda, los demás pintores contemporáneos resultan tímidos y faltos de intelectualidad.

DE ARTE



Como todos los creadores es muy discutido y si aquí todo el mundo no llega a comprenderlo, consolémosnos pensando que lo mismo pasa todavía en Europa, aunque lo bueno siempre concluye por imponerse. Solo las falsas orientaciones no consiguen imponerse ni con cañones de 42.

Por consiguiente es necesario esperar el fin de esta guerra para asistir a un nuevo renacimiento artístico, pues tiene que florecer y fructificar el que se ha estado creando hasta ahora. Si la humanidad olvidara hoy la obra de Herman Anglada, de Medardo Rosso, Otto Wagner o Debussy, quedaría detenida en su camino ascendente hasta que otros no realizaran quizá cuando, lo mismo que ellos han realizado ya.



Durante un paseo al Tigre mientras el tren desfilaba ante las pintorescas barrancas de Belgrano, Anchorena, etc., lamentábamos no haber sabido hacer otra cosa con las nuestras de Capurro que destruirlas. La misma suerte le está tocando ahora a los que bordean los Boulevares Artigas y España. En vez de sacar partido de un recurso natural que bastaría por sí solo para dar interés al sitio más árido, nosotros lo encontramos molesto y lo suprimimos.

¿No ha llegado todavía la hora de impedir semejante desatino y no sería posible al Director de Parques y Jardines hacer algo de acuerdo con la Municipalidad para evitar que siga repitiéndose?



Cuando Tórtola Valencia llegó a Montevideo se dijo: no gustó en Buenos Aires, no tendrá éxito tampoco aquí. No me extrañó que así sucediera conociendo a estos públicos habituados a entusiasmarse solo cuando pagan muy caras sus butacas, o muy baratas en relación a lo que se divierten.

Pero después del primer espectáculo que contuvo a todos en una prudente expectativa, tal era la novedad del arte de Tórtola Valencia, sucedió que la mujer que aquí frecuenta muchísimo el teatro se dejó llevar instintivamente por su sentimiento hasta comprender que no se trataba de una simple bailarina como tantas otras, sino de una artista creadora de un género especial digno de ser bautizado por D'Annunzio.

Desde ese momento el entusiasmo de las cazueleras fué *in crescendo* hasta aplacar la mala voluntad de la crítica y concluyó por arrastrar hasta a los más recalcitrantes detractores de la primer hora.

Tórtola Valencia nos hace



vivir a través de toda la historia del arte y su realización de belleza es tan intensa que llega a sustituir la música que le sirve de trama, como un bello tema que domina al acompañamiento.

Encuentro además que su arte tiene una relación muy directa con la Arquitectura. Si los arquitectos comprendieran la perfecta armonía de sus actitudes y expresiones con el sentimiento que domina en cada una de sus creaciones, construirían siempre obras tan bellas como variadas donde el carácter, forma y color estarían íntimamente fundidos.



Nos acaban de informar del arribo a España de nuestro compañero C. A. Castellanos, quien se fué a Europa decidido a no volver sino para visitar a la familia.

Cuando un artista con todo el empeño y desinterés que ha puesto Castellanos para dar vida a nuestro ambiente artístico creando afiches y carátulas magistrales, efectuando exposiciones, dirigiendo decorados escénicos y hasta kermeses y festejos de carnaval, decide alejarse de su país, debe ser porque no le ha brindado ninguna de las satisfacciones a que tenía derecho de aspirar.

¿No tendrá parte de culpa nuestra crítica habiéndole hecho el vacío mientras estaba empeñada en ensalzar tantos productos de los cuales desgraciadamente nos quedan buenas muestras en el Museo?

M. BERETTA.

LA SABIDURIA

A JOSÉ E. RODÓ.

EL viejo, absorto en su dolor, lloraba al borde de la quebrada fragorosa. El rostro marchito, la testa calma, la barba blanca i sucia, las manos temblorosas, la mirada húmeda. El viento jugaba con los jirones de sus ropas manchadas.

El anciano lloraba: lloraba su vida moribunda, los placeres idos, la riqueza malgastada a lo largo de todos los caminos. ¡I sobretodo lloraba los besos extintos, los besos que había dado su boca, ora ajada i descolorida, i antaño copa de placer en que bebieran tantas mujeres ebrias de amor!

Abajo, en la quebrada negra, cantaba entre los árboles un chorro de agua cristalino. I sucedió que el hada Escanciadora que habitaba cerca fué a beber las aguas del manantial i las encontró amargas, con amargura de dolor humano. Era que las lágrimas del viejo se habían mezclado con las aguas risueñas de la vertiente.

Entonces el hada se compadeció de aquel hombre que sufría i fué a consolarlo. Se acercó a él i le puso una mano sobre el hombro; mas el hombre que lloraba en silencio empezó a sollozar, i eran sus sollozos desgarradores como la desesperanza.

— ¿Qué tienes? le preguntó el hada dulcemente.

— Sed! le contestó el harapiento.

— Abajo, en la quebrada, está el agua fresca i viva.

— ¡No! No es sed de agua lo que tengo; es sed de amor, de vida, de besos.

— Píde lo que quieras i te lo daré, — dijo el hada.

— Dame juventud y dinero, juventud eterna i sana i dinero inextinguible.

— Ya lo tienes, — dijo el hada i desapareció.

I el hombre se enderezó vigoroso i vestido magníficamente i empezó a descender la colina solitaria, lleno de alegría, en dirección a la ciudad maldita, que empurpuraban los últimos rayos del sol.

Fué recibido con gran pompa como un embajador, y los mismos que en sus últimos días de pobreza i caducidad le habían vuelto las espaldas, se postraban a sus pies.

Pero él, antes de lanzarse de nuevo en el torbellino del placer, quiso meditar. ¡Había adquirido tanta experiencia en su larga vida i pretendía aprovecharla!

Sentado en un banco de mármol del paseo suntuoso, escrutaba su vida i se abstraía tanto en sus pensamientos, que las mujeres que por allí acertaban a pasar se maravillaban de ver a ese adolescente, ricamente vestido, meditando como un viejo filósofo que no tuviera capa. ¡Recorría *in mente* su vida antigua para moldear la nueva! Veía sus comienzos, el dinero que había ganado con su talento i con su esfuerzo; los placeres, las orjías, las mujeres muertas de amor por él; los besos que le habían dado sus bocas húmedas en las noches tibias del verano. ¡Los besos! Los besos sobre todo lo obsesionaban. ¡Cuántas veces se había inclinado ansioso al borde de las bocas sangrientas para gustar en ellas el placer inefable! Más allá del beso no había buscado nada, ambicionado nada. I sin embargo nunca se sació! I se fué lentamente su juventud i se fué el dinero, hasta que un día se encontrara pobre, solo i viejo. ¡I siempre en el corazón insaciado el anhelo eterno, inextinguible!

¡Morir, morir con esa sed! Era lo único que le desesperaba. Abandonado de todos, rechazado hasta por las cortesanas mas impuras, se resolvió sin embargo a afrontar el trance formidable. I con un jesto de supremo orgullo, ascendió a la colina solitaria para acabar la vida entre las breñas salvajes, donde graznan de noche los cuervos i arrullan a la aurora las torcaces.

I allí, no teniendo a nadie que llorara su muerte, la lloraba él mismo, cuando el hada Escanciadora le devolvió la juventud i la riqueza.

Jóven i rico, en la mejilla apenas una sombra de barba rubia i vestido de sedas i de encajes, dispuesto estaba a ser feliz, dispuesto a gustar el único placer de la vida tedial.

Pero se sentía triste porque la reflexión i la experiencia ensombrecían sus ensueños.

El quería el amor, el amor verdadero, sublime renunciamiento que nos diviniza; mas, conociendo la vida, se pregun-

taba con inquietud en dónde encontraría esa mujer inhallada que habría de amarlo de amor, de verdadero amor.

— Buscaré una niña inocente, se dijo, cuyo corazón esté virgen, cuya frente pura jamás hayan rosado tus alas sedosas ¡oh Eros!

Pero tomaba esta resolución con alma fría que él mismo se sentía sobrecojido ante la tranquila seguridad de sus ideas. Su falta de entusiasmo le daba como vértigos de miedo.

— Ya verá una muchacha i el entusiasmo vendrá, se decía.

Se levantó del banco de mármol i echó andar vacilante por las sendas enarenadas del paseo. A la sombra de unos árboles, junto a una fuente, encontró varios niños que jugaban. Una niña, la mayor del grupo, hacia de reina i recibía el homenaje de sus pequeños cortesanos. Era muy hermosa. El no sintió ninguna emoción, pero se dijo para sí «He aquí la niña que hace un momento has elejido, háblale.»

I le habló en un lenguaje florido i musical:

— Canéfora — le dijo — Canéfora púber, bella como las rosas blancas de los rosales sombríos, ¿no sientes que hai en el aire un rumor armonioso i fresco? Son las alas de Eros que van a rozar tu frente. Yo te amo, ámame.

Al terminar su discurso sintió una opresión dolorosa en el corazón: se sentía tan frío, tan falto de fé, que se reprochaba sus palabras como un engaño criminal.

La niña, roja de placer, con los ojos bajos i la voz temblorosa le contestó:

— Señor, yo no soi digna de tu amor, tú eres noble i yo plebeya; no engañes mi corazón con un amor que me arrebatarías despues.

I al hablar así estaba anhelante, ansiando escuchar del mancebo una palabra que tranquilizara sus temores infantiles.

Pero él se sentía tan frío, tan desolado en su interior, la reflexión clarovidente conturbaba de tal manera su conciencia, que se apresuró a contestarle:

— Tienes razón, mucha razon, nunca en labios de una niña hubo palabras mas sensatas; ya que así lo deseas, muy hermosa, no te amaré.

I se alejó lentamente, mientras la niña pensativa, se sentía defraudada.

Fué de ciudad en ciudad, buscando una mujer que amar, plebeyas, nobles o burguesas; doncellas incautas o cortesanas sabedoras de todos los secretos. I no encontró ninguna que amar, aunque a él todas lo amaban, por su juventud, su belleza i sus dineros. I sobretodo por la sabiduría profunda que la experiencia de toda una vida le había dado. ¡No podía amar! porque estaba lleno de experiencia i de verdad, i el amor, nace en el fondo indeciso del espíritu que se ignora a a sí mismo. Hasta el instinto ciego y brutal, parecia adormecido en su juventud tranquila i sabedora.

Un día una cortesana atrevida le enlazó con sus brazos de alabastro i le besó en la frente; pero él, dulcemente, con manos casi paternales, la desenlazó i le dijo: «¡No me beses!» I sentía en su corazón una angustia opresora, porque no había en él ningun entusiasmo, ninguna ceguera juvenil. La cortesana lloró porque lo amaba, pero su llanto solo consiguió angustiarlo mas, sin que por ello floreciera el amor en ese corazón que el sol de la sabiduría había secado.

Entonces resolvió morir. ¡Que locura, se decía, querer recomenzar la vida una vez terminada! I peregrinó insaciado hácia la colina fragorosa, donde habitaba el hada Escanciadora. Ascendió lentamente sin fatiga ni entusiasmo. Llegado arriba el hada le preguntó:

— ¿Has apagado ya tu sed?

— Aun tengo sed; pero sed de reposo, de olvido. Hazme dormir.

— «Ha mucho tiempo que estas dormido, eternamente dormido: todas las imágenes que atraviesan tu espíritu son los sueños del último sueño. Cuando el alma empieza a adormecerse en el sueño definitivo, sueña aun, porque su destino es soñar, pero aun esas imaginaciones terminan una vez i ya han terminado para tí.»

I desde ese punto se hizo la sombra del reposo en el espíritu del viejo fatigado.

CARLOS VICUÑA FUENTES.
(Chileno)

Opiniones sobre "Anales Mundanos"



Doctor Pedro Manini y Ríos

Pedro Manini y Ríos

Montevideo, Marzo 2-1916.

Saluda a su amigo el señor César Alvarez Aguiar y en respuesta a su amable tarjeta le hace saber que la revista ANALES MUNDANOS que con tanto acierto dirige, le merece la más favorable opinión. Se trata de un esfuerzo, digno de todo estímulo, que revela en quienes lo realizan, dotes singulares de buen gusto y perseverancia, gracias a los cuales consiguen mantener una publicación periódica, única en su género en el Río de la Plata, afmo.

PEDRO MANINI Y RÍOS.

PEDRO MANINI Y RÍOS

Montevideo, Marzo 2 1916
Saluda a su amigo el señor César Alvarez Aguiar y en respuesta a su amable tarjeta le hace saber que la revista "Anales Mundanos" que con tanto acierto dirige, le merece la más favorable opinión. Se trata de un esfuerzo, digno de todo estímulo, que revela en quienes lo realizan, dotes singulares de buen gusto y perseverancia, gracias a los cuales consiguen mantener una publicación periódica, única en su género en el Río de la Plata.
afm
P. Manini y Ríos

Buenos Aires, Mayo 25

Señor don César Alvarez Aguiar:

Estimado amigo: Me es grato satisfacer su gentil pedido, entre otras razones, porque solo elogios para la revista y plácemes para Vd. me sugiere la lectura de ANALES MUNDANOS. Estos, por las elegancias de impresión, gusto seguro y selectas producciones, pueden ser los abogados y los embajadores de nuestra cultura en la propia casa y en las cortes extranjeras. En un medio tan inadecuado y hasta hostil a toda manifestación literaria, particularmente si va acompañada de lujo artístico, me figuro cuánto esfuerzo, inteligencia y paciencia le habrá costado a Vd. el darle cumplido remate al audaz propósito que acariciaba cuando fundó la revista. Sin embargo, lo ha realizado e ido más allá aún de lo que prometía, por lo cual lo felicita calurosamente
S. S. S.

C. REYLES



Señor Carlos Reyles

AUX GALERIES LAFAYETTE

DE PARIS

Agencia en Montevideo, 18 de Julio 965

Teléfono: LA URUGUAYA 758 (Central) * Casilla Correo N.º 90



CASA MATRIZ + PARIS

ESTA CASA SE ENCARGA DE TODO PEDIDO A LA CASA MATRIZ DE PARIS

Enviamos catálogos á toda persona que lo solicite.
Los pedidos deben ser hechos en nuestra agencia,
mediante una cuarta parte del importe al hacer la
encomienda y el restante á la entrega de la mercadería.

Para más informes dirigir á nuestra Casa, M. WOOG

La cola de la Emperatriz Josefina

UN INCIDENTE DE LA CORONACION DE NAPOLEON

FEDERICO Masson, el historiador de las intimidades y de las glorias del primer imperio refiere en una de sus últimas obras cómo una cuestión de mantos y de colas estuvo a punto de deslucir, o mejor dicho, de poner en ridículo la consagración de Napoleón como Emperador, la ceremonia culminante de la historia de Bonaparte.

Era Napoleón hombre teatral en extremo y gran creyente en el efecto de las ceremonias deslumbrantes sobre el ánimo de las muchedumbres. De su consagración, o coronación, quiso hacer una solemnidad magnífica, tal como desde hacía siglos no la hubieran visto los franceses, y que por su esplendor eclipsara la fama de las consagraciones de los antiguos Reyes de Francia en Reims.

Todo se dispuso con gran cuidado para ello, y a fin de evitar el peligro de que el efecto fallara por algún incidente imprevisto, el emperador llegó hasta el punto de hacer ensayos de la ceremonia ni más ni menos que como si fuese una comedia, y de representarla a puerta cerrada, tomando parte en los ensayos él y la Emperatriz en persona.

Pero todo estuvo a punto de estrellarse por la cuestión de mantos y colas a que nos hemos referido. Para dar mayor lucimiento al acto quiso Napoleón que la cola del manto de Josefina, fuese llevada por las princesas de la sangre, cuñadas de la emperatriz. Sublevaronse éstas sintiendo herido su orgullo en lo más vivo, pues consideraban a Josefina como una advenediza. En vano trató Napoleón de suavizar aquellas resistencias; las princesas seguían obstinadas en negarse a lo que ellas estimaban como una humillación pública. Los halagos del soberano no conseguían nada, y entonces Napoleón, poco dado a los temperamentos de templanza y a la galantería hacia las mujeres, rompió por todo y empleó la amenaza. Hizo saber a las rebeldes princesas que o se sometían a su mandato y llevaban la cola de la emperatriz, o las desterraba en el acto privándolas a ellas y a sus maridos de rentas y honores.

Era sitiarlas por el hambre, y las prince-
sitas no tuvieron más remedio que acceder, aunque muy de mala gana, con grandes protestas y con secretas ansias y aún proyectos de ruidosa venganza.

Llegó el día de la coronación, Josefina, tan minuciosa en su coquetería que nece-

sitaba horas enteras para arreglarse los pliegues del traje, se hizo esperar, lo cual puso de humor pésimo a Napoleón. Presentóse por fin magníficamente ataviada llevando puesto el famoso manto de la coronación, que era de terciopelo, medía más de veinte metros de largo y estaba recamado con bordados de oro y forrado con pieles de armiño, por valor de 150.000 francos. El manto no iba sujeto a los hombros, sino sólo al izquierdo, y sostenido por un broche a la cintura, con el fin de que dejara descubiertos el pecho y el talle. Su peso era enorme y las princesas tenían encargado de sostenerlo en el aire todo lo más posible y no limitarse al papel decorativo de hacer como que lo llevaban.

Entonces se vió la mala gana con que habían obedecido al emperador.

Josefina, a quien las princesas dejaron que llevara casi por completo el enorme peso del manto, no podía con él y avanzaba, rígida por el esfuerzo y con la poca gracia que es de suponer en quien tiene que llevar a ras-tras un peso superior a sus fuerzas. Logró llegar en esa disposición hasta el sitio que estaba designado. Pero cuando sobrevino el momento más solemne de la ceremonia, el de la entronización, y tuvo que subir la escalinata que conducía al trono, las princesas la dejaron sola, fuese intencionalmente para vengarse de ella, o fuese que creían que ellas no podían subir a la plataforma del trono. Entonces se vió que Josefina, después de subir trabajosamente los cinco primeros peldaños, vacilaba y estuvo a punto de caer de espaldas arrastrada por el manto.

Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió evitar aquella catástrofe ridícula, y después de unos momentos de estar parada pudo continuar subiendo.

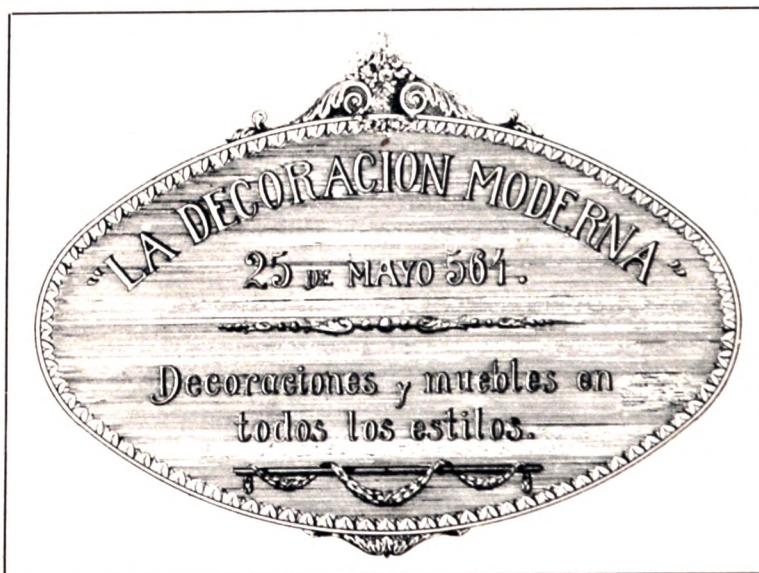
La cara de Napoleón durante aquellos instantes no es para descrita.

Pero lo mejor es que a él también le sucedió lo propio: lo mismo que Josefina vaciló en medio de la es-

calinata y se vió hacer un ligero movimiento hacia atrás, como si fuese a caer: con un vigoroso movimiento hacia adelante, logró tirar del manto y subir hasta el trono.

Aquello salvó a las princesas.

Luego fué cuando puesta la mano sobre los Evangelios, pronunció en voz tan alta que resonó en todos los ámbitos de la iglesia su famoso juramento de triunfador revolucionario.



Las pálidas viajeras

ERA una noche, una noche siniestra. Nunca la oscuridad me pareció más triste, nunca el aire tan impregnado de vagos suspiros y de estremecimientos paavorosos.

Y sin embargo la luna, semejante a un escudo de acero bruñido, brillaba en el firmamento a través de las rasgadas nubes que le cubrían, a manera de grandes olas de piedra desbordadas de un océano de nieve. Entre las grietas de aquellas vastas ondulaciones, en el fondo azul turquí del cielo, se asomaban argentadas y trémulas, algunas raras estrellas. La atmósfera estaba caliginosa y densa. Las brisas marinas dormían en el cáliz de los amarillentos nenúfares. Reinaba un augusto silencio en la desierta playa.

Ese silencio era solo interrumpido por el estrépito monótono del mar que se quebraba acompasadamente en la orilla. Sus ondas espesas tenían un color como de tinta. Se arrastraban anchas, pesadas, imponentes, y con un mujido lamentable, que remedaba un eco angustioso del mundo subterráneo de los muertos. Jamás una armonía más aciaga había herido mis oídos!

De pie, a la extremidad de un cabo peñascoso que se internaba muy adentro en el agua, yo escuchaba esa armonía terrible con una mezcla inexplicable de voluptuosidad y de pavor. Muchas veces tenté alejarme de aquel sitio desolado; pero una fuerza invisible me tenía encadenado a la escarpada roca.

¿Cómo adivinar el secreto de esa fuerza? ¿Era por ventura un sentimiento de terror que paralizaba mi sangre lo que allí me detenía, o la vertiginosa atracción del abismo, o bien la absorción de mi ser en los pensamientos que aquella escena lúgubre despertara en mi espíritu?

Lo ignoro.

Lo que yo sé decir es que mi alma, como una ave triste que se levantara de un sepulcro, rompió el vuelo al fulgor del astro melancólico, rozando con sus alas los cármes yermos del pasado. Y podría agregar también que mis recuerdos brotaron de entre aquellas tinieblas, como lámparas vacilantes que iluminasen de repente las ruinas de un templo antiguo abandonado. Dulces amores, amores desgraciados, amistades fieles hasta la tumba, amistades perdidas, nobles ambiciones contrariadas, sueños desvanecidos de fortuna y de gloria, triunfos, derrotas, esperanzas fugitivas, desengaños duraderos, placeres y dolores, todo esto pasó en torbellino por mi mente, con una angélica sonrisa o con un grito de angustia.

Cuando me hallaba embebecido en la contemplación del drama de mi vida; cuando el espíritu había subyugado a la materia a punto de casi anonadarla, de súbito un objeto extraordinario me hizo fijar en él toda la atención de que era yo capaz en aquella hora suprema.

¡Oh visión portentosa, en vano trataré de describir tu fúnebre grandeza!

Yo vi, sí, lo he visto con mis propios ojos, que de los confines del horizonte, por sobre las anchas olas de aquel negro mar, un barco de forma extraña que desplegaba al viento de la noche unas velas negras también, se levantaba con majestuosa lentitud en dirección al paraje en donde me encontraba. Tenía la figura de un féretro. Al gobernalle, que asía con robusta mano, velaba un personaje taciturno medio envuelto en un manto flotante. La espesa barba blanca le caía hasta el pecho. Su arrugada frente en la que se veía impresa la majestad de los siglos, parecía sur-

cada por hondos pensamientos. Un antiguo le hubiera tomado por un dios, por la imagen venerable del tiempo.

Cuando la misteriosa nave estuvo ya bastante próxima, mis ojos la escudriñaron con ardiente avidez. ¿Cuál no fué mi asombro al apercibirme que solo la tripulaban unas languidas y vaporosas mujeres!

La luna que en aquel momento derramaba sobre ellas como una lluvia de záfiro, me permitió distinguir más distintamente sus formas virginales. Muellemente agrupadas en medio de la embarcación y como si las mismas Gracias las hubiesen colocado en sus distintas actitudes, comparábalas la fantasía a los genios de la noche, reposando, después de haber figurado en algún sueño de amor.

Vestían unas largas túnicas que por su diafanidad y sutileza se las hubiera creído tejidas de aire y de rayos de luna. Llevaban suelto el dorado cabello y en sus frentes sin color, guirnalda ya marchita que un viento helado deshojaba.

Pero lo que más impresionó fué el aire de melancolía y de inefable desfallecimiento de aquellas aéreas criaturas. Las unas, con las manos entrelazadas, tenían en su rostro la expresión divina que acompaña al agudo pesar de los últimos adioses. Reclinadas las otras en el seno de sus pálidas compañeras, se hubiera dicho que buscaban la dulce comunicación de la vida que se les escapaban, en los débiles latidos de un corazón amigo. Y todas ellas se confundían completándose, en un coro celeste, en una aureola de suavidad y de pureza. En ese instante se me figuraron las tiernas hijas de la armonía y del dolor.

Sentí al verlas que las amaba profundamente, y al mismo

tiempo me llené de una tristeza indefinible. Creí que mi espíritu se desvanecía en un vapor de lágrimas, y que esas lágrimas reanimarían tal vez las agostadas flores que servían de diadema a su agonía sublime.

¡Quimera, vana quimera!

Yo las veía, ¡oh, dolor! que se morían, sin conocer el talismán secreto al que estaba vinculada su existencia!

Entonces, en la ebullición de mi cabeza, evocé todas las memorias sepultadas en lo más íntimo del pecho, y un aliento de juventud y de esperanza refrescó mis ideas.

Remonté con ellas el curso de los años hasta llegar a la florida estación de los amores. Recorrí la escala armónica de mis ensueños más brillantes, y me encumbré casi a la límpida esfera de lo ideal, a aquel grado eminente en que sublimado por un santo entusiasmo, por una aspiración infinita hacia lo bello, se confunde el hombre con el ángel.

Y sentí luego a modo de una vaga reminiscencia de aquellos seres fantásticos que desmayaban a mi vista, sin poder atinar ni cuándo ni en dónde les había conocido. De su paso ante mí solo quedaba en el fondo de mi corazón un etéreo reflejo. Ansioso por aclarar aquel misterio me dirigí una por una a todas ellas. ¡Ah! no podían hablar. Las menos desfallecidas, queriendo responderme, fijaron en mí una mirada moribunda; otras se sonrieron suavemente con la sonrisa de los niños dormidos; otras apenas si me oyeron, pues en ese mismo instante exhalaban el último suspiro.

Entretanto el fúnebre barco que había detenido momentáneamente su marcha, comenzó a deslizarse de nuevo sobre las anchas olas impulsado por una ráfaga que gemía en las jarcias.

En mi desesperación al ver que se alejaba, interrogué al



viejo que hasta ese instante había permanecido silencioso diciéndole: — Dime, dime por piedad, quienes son esas dulces viajeras que conduces en tu nave sombría... ¿Callas...? No me respondes? Habla, y rogaré a los dioses que te sean propicios.

— ¡Ah! tiembla de saberlo, me contestó el venerable personaje; hacen un viaje del cual nunca volverán; nunca!

Y el barco desplegó de pronto todas sus velas, asemejándose a una inmensa águila negra que se precipitase en el caos. Entonces como si sintiese que me arrebatasen la vida, hice

un esfuerzo supremo y grité en la oscuridad: — ¡Anciano! antes de desaparecer para siempre, accede a la súplica de un mortal infeliz. Dime siquiera el nombre de las vírgenes espi-rantes que un numen sin duda ha confiado a tu guarda.

— ¡Y bien! me dijo con una voz sepulcral — ¡Desventurado! ¡son tus ilusiones!...

Y al punto la funesta nave desapareció en las tinieblas, como si la hubiese tragado la profundidad de aquel mar que algunas llaman del olvido.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

Ilustrado por G. de Pró

Historias...

Para "ANALES MUNDANOS"



ODOS los años, en los primeros días del otoño, solíamos oír, al ponerse el sol, unos graznidos prolongados y tristes y debilitados por la distancia.

— ¡Las avutardas se van!... murmuraba nuestro padre.

Y al elevar la vista al cielo, distinguíamos apenas unas manchas oscuras que se alejaban pesadamente, huyendo de las desoladas regiones patagónicas. Era el éxodo obligado de todos los años. La retirada forzosa de esos «judíos errantes» de la fauna argentina, cuyos graznidos, por lo quejumbroso, impresionaban lamentablemente nuestras mentes infantiles, como si las avutardas nos trasmitiesen el anuncio de próximas desgracias.

Los árboles sacudían sus últimas hojas y los rayos del sol no calentaban ya...



ban más lozanía, y la Naturaleza toda, cantaba loas al Creador.

En una primavera apareció un nuevo huésped. Era descontentado y goloso. Su garganta no emitía gratas melodías, sino gritos de lucha y exterminio. Las tiernas lechugas de la huerta, sintieron pronto la saña de sus picos. Y si al principio fueron dos, seis, diez, a los pocos meses fueron dos mil, seis mil, un enjambre.

Como señores de horca y cuchillo, no admitían más leyes que sus deseos, ni más huéspedes que los de la familia. Asolaron los nidos de las golondrinas, las cuales huyeron desconcertadas. Los gorriones,

gritones, arteros, malandrines, se hicieron dueños del espacio.

Triunfaron.

— ¡Chicos! ¡Chicos!... Las golondrinas...

Tal era la voz materna, vivaz y conmovida, que nos anunciaba la presencia de las aladas mensajeras de la estación florida, que regresaban nuevamente al alero de nuestro viejo caserón.

Para celebrar dignamente tan fausto acontecimiento, los durazneros vestían su ropaje rosado, y el patriarcal sauce de nuestro solar tapizaba de verde brillante sus ramas rugosas.

Y nuestras amadas golondrinas, nuncio de tantas cosas bellas, contentas del regreso y de encontrar sus nidos intactos, arrullaban nuestras exclamaciones de alegría.

Como para convencernos de la verdad de la leyenda materna, toda poesía y corazón, a poco de la llegada de las golondrinas los rayos del sol eran más tibios y las plantas, a porfía, vestían la gala de su ropaje policromo; la gramilla y el trébol mostra-

Comenzaron a correr los años y vinieron otras primaveras, pero no llegaron con ellas las buenas golondrinas. Por sobre nuestro viejo caserón pasó también la «Niveladora». Algunos de los que, con gritos de alegría, daban la bienvenida a las que en el «Huerto de los Olivos» arrancaron a Jesús «las cinco espinas», son ya polvo; otros, están abatidos por el dolor. Nuestra santa madre ha visto blanquear su cabellera y encorvar sus espaldas por los golpes del destino. Y alguien más, sañudamente aleccionada por la Vida, saca de esa historia de la infancia, de la vieja historia de las golondrinas y de los gorriones, esta moraleja:

— «Los buenos y los útiles, «malgré» su reconocida bondad y utilidad, son y serán siempre los constructores del nido donde los «gorriones» golosos, arteros y malandrines, gocen de estéril pero regalada vida...»

SOTILEZA.

QUÉ dúos aquellos! La plaza era extensísima. Los balcones estaban juntos; podían hablar los novios sin que les interrumpiesen; entregarse a sus fantasías de muchachos. Regresaba él de la oficina con el pensamiento fijo en la ideal imagen; en la labor ruda de todo el día, no se apartaba de su imaginación tampoco aquella cabeza gentil, deliciosa, de ojos muy bellos, celestes, dulces como la luna.

Era muy raro; siempre estaba ella en el balcón regando sus flores cuando él se marchaba; siempre estaba ella en el balcón regando sus flores cuando él volvía. Yo os lo digo: pensaban los dos de buena fe que ella no salía al balcón todas las mañanas y todas las tardes para verle a él cuando marchaba y cuando volvía, sino a regar sus flores. ¡Oh amor, divino amor, que siempre has de ser ciego! Se amaban, sí. ¡Dulces niños!... No sabíais que el primer amor es la primera amargura; que la primer caricia de los ojos es la primer gota de veneno que la sangre bebe; que el primer beso es la primera decepción, el primer paso que a la muerte se da. ¡Se amaban, se amaban!

En aquellas tardes de Mayo, con el arrullo de las golondrinas, cuyos nidos colgaban próximos a sus cabezas, en la misma canal del tejado; sin preocuparse de aquel suelo que se perdía allá, en lo profundo, desde el balcón microscópico de un piso quinto; embriagándose el uno al otro con la mirada, con la frase; él, temblando, encendido de alegría; ella, temblando, encendida de rubor, y viéndose su cara solamente detrás de sus flores; separándose para seguir viéndose luego, viéndose también cuando no estaban juntos... Viéndose en el pensamiento, mutuamente, como dulces imágenes misteriosas, rodeadas de luz... De esta manera pasó el tiempo.

Allí se conocieron; en aquellos balcones altos, tan altos; allí, al despertar sus almas miráronse con recóndito, misterioso grito, a la vez que la primavera nacía, envolviéndolos amorosa, riente, en su ropaje vaporoso de colores. No se conocían; no se habían visto antes. Al cambiar desde sus balcones la primer mirada, quedó él aturdido, ella suspensa; y los dos inconscientemente dijeron a la vez, bajo, muy bajo, como un susurro de esos de las noches de estío, que no se sabe de dónde brotan, en las campiñas solitarias: «¡Sí, es ella!» «¡Sí, es él!» Y así, en un segundo, se vieron, se comprendieron, se amaron, entregáronse, en fin, de una vez, por entero, sin vacilar, como las almas generosas van al peligro: como los héroes van a la muerte.

■ ■ ■

«Una cuna... ¡Qué ensueño!» Un capricho bailarín del humo la tejió en el aire, la mantuvo un instante colgada de los hilos del telégrafo y luego la deshizo de un tirón, para demostrar sin duda la fatal inconsistencia de todas las cosas que el humo teje. Pero vino el sueño y continuó su labor. Ya no era la humareda de la máquina quien anticipaba los deleites de la maternidad en aquellas dos imaginaciones donde las esperanzas se vestían aún de color de rosa y brillaban como sol de mayo, sino ese desigual adormecerse de las celdillas cerebrales, quietud incompleta con



que los fisiólogos, empeñados en destruirnos las más dulces quimeras, explican el origen de los ensueños. Esto quiere decir que soñaron con la famosa cuna y que se vieron junto a ella, guardando el sueño de una cosa ternísima y suspirante que dormía con ese reposo apacible que parece la última reminiscencia de un mundo eternamente bueno.

También los sueños tienen algo de humo: como él tejen en un momento amables visiones, como él las mecen a nuestra vista, y como él las deshacen de un tirón.

Sin embargo, como a los veinte años todas las ambiciones de la vida son posibles y aún probables, aquellas dos imaginaciones hicieron, al despertarse, el milagro de continuar el ensueño; y con los ojos abiertos, en pleno mediodía, entre las cuatro tablas de un vagón del ferrocarril, siguieron viendo su cuna, vestida de blanco, con el rollito de manteca dentro y un nimbo feliz rodeando aquel cuadro de familia. Primero viéronla vacía, a medio vestir, esperando, mientras la esposa se ruborizaba en brazos del esposo confiándole ese primer misterio de la mujer casada que prolonga la inocencia al través del matrimonio; luego advirtieron en toda la casa un rebullir anormal de gentes, la entrada brusca de un señor grave, abrir y cerrar de armarios, preparar piezas de lencería, grandes y finas, junto con otras piecicillas que de puro diminutas parecían cosa de muñeca; al cabo de un rato oyeron un sollozo infantil, y las caras serias se tornaron alegres, y hubo cambio de enhorabuenas por los pasillos, y el señor grave pasó al comedor, donde le sirvieron una buena taza de caldo... Pues ya estaba la cuna a punto de ser ocupada. Un día se ocupó por fin. El autor del sollozo infantil pataleaba en ella, protestando quizás de aquella forzada emancipación

que le ofrecían y echando de menos el calor del vasto lecho conyugal, donde parecía una mosca náufrega en una palangana... ¡Ay, amiguito! La vida es esta: casi nunca nos emancipamos por propia voluntad. O nos emancipan nuestros padres o nos emancipan los azares de la suerte.

Bueno, pues ya tenemos la cuna ocupada; ahora vienen otros quebraderos de cabeza. ¡Cómo desocuparla, quiero decir, cómo dar a su actual ocupante un rumbo seguro en la existencia!... Las dos imaginaciones de veinte años no tienen fuerza para volar tan lejos, ni quieren volar tampoco... Les basta con el presente, todo él claro y risueño como una decoración primaveral. Ya tendrán tiempo de pensar en la grande, en la verdadera emancipación del chico. Por ahora es mejor soñar asomados a esa dulce quimera que el humo y el sueño van tejiendo sucesivamente en lo íntimo del pensamiento y en el espacio deslumbrador... Y sigue el tren rodando y rueda con él la felicidad camino de la hartura, estación donde forzosamente se ha de acabar el recorrido. Todas las hambres os serán hartas al fin, casaditos de un día. Ya calmasteis una, que era la de veros unidos; pues poco a poco las calmaréis todas, y felices de vosotros mientras os espolee el deseo de correr y subir, mientras os quede por gustar una nueva alegría.



Señorita Emma Piera Muñoz



DEL CERCADO AJENO

Balada

— Caballero, caballero,
el del corcel trotador,
el de la blonda melena
y el mostacho borgoñón;

el de la banda bordada
de vivo y rojo color,
que por contar sus latidos
pasa sobre el corazón;

¿donde vas a la ventura
con ese potro veloz,
en la diestra el largo acero
y en los ojos la ambición?

— Voy en busca de la gloria
de que ciego corro en pos,
de las palmas del combate,
de los triunfos del valor.

Quiero mandar a los hombres,
quiero ilustrar mi blasón,
quiero ser rey en la Tierra,
que es ser imagen de Dios.

...

— Caballero, caballero,
el que a todos dominó,
el que sustenta en sus sienes
corona de Emperador,

¿donde vas en tu carroza
que reluce como el sol,
en el pecho la esperanza,
y en los ojos el amor?

— Voy al templo a dar mi mano
a la que el alma eligió,
la niña de ojos azules
que es mi más dulce ilusión.

Ya no busco en las batallas
el lauro del vencedor,
ya no quiero que los hombres
se extremezcan a mi voz:

la ventura es ser amado,
vivir de un beso al calor,
fundiendo en una dos vidas
y haciendo un alma de dos.

...

— Caballero, caballero,
el eterno soñador,
el que de Marte y Cupido
los favores recibió.

¿donde vas solo y ceñudo,
sin carroza ni bridón,
el desaliento en el alma
y en los ojos el dolor?

— Me voy muy lejos, muy lejos;
no tengo más ambición:
vivir solo y olvidado
del mundo necio y traidor

Ni los triunfos me sonríen
ni me agita la pasión;
los besos que antes buscaba
ya me producen horror.

No hay más ventura en la vida
que la paz del corazón,
y la hallaré cuando solo
lleguen donde viva yo

los perfumes de las flores,
los cantos del ruiseñor,
la frescura del rocío
y las caricias del sol.

...

— Caballero, caballero,
el que al Mundo renunció
por la paz dulce y tranquila
de un olvidado rincón,

¿donde vas, corriendo siempre
tras un sueño engañador,
sin mirar los desengaños
que tu inconstancia te dió?

— Voy en pos de la ventura,
y esta vez no es ilusión,
que ahora voy en busca de ella
donde siempre se encontró.

¿Ves aquel hombre que cava,
al pie de la acacia en flor,
un hoyo negro y profundo
con su pesado azadón?

A ese hoyo el cuerpo rendido
ya hace tiempo se inclinó,
y a el avanza, del problema
buscando la solución.

Sé que me ofrece el descanso,
la paz que nadie turbó,
y hasta realizar piadoso
mi postrera aspiración:

que el corazón, al fundirse
de la tierra en lo interior,
le pague en flores los sueños
que sobre ella acarició

JUAN ANTONIO CAVESTANI

■ ■ ■

Forget me not

Un ¡no me olvides! ¡Ay! a mi memoria
Viene el recuerdo santo de un amor:
Oid, señora, la sencilla historia
De esta fragante y candorosa flor.

Eran dos seres que el amor un día
Con dulces lazos para siempre unió:
El con el alma entera la quería,
Ella jamás por otro suspiró.

Una tarde, vagando por la orilla
De un claro río hermoso y seductor
Ella miró una gaya florecilla
Que fué a coger ufano el trovador.

Y resbalando, envuelto en la corriente
Entre las ondas próximo a expirar,
Tiró la flor y dijo tristemente:
«¡No me olvides! así la has de llamar!»

Un ¡no me olvides! ¡ay! a mi memoria
Viene el recuerdo santo de un amor:
Mirad señora, la sencilla historia
De esta fragante y candorosa flor!

P. RICHARDS.

(Traducido del inglés, por Atilio Ruggero)

■ ■ ■

Moi et toi

On aime d'abord par hasard,
par jeu, par curiosité,
pour avoir dans un regard
lu des possibilités.
Et puis comme au fond soi-même
on s'aime beaucoup,
si quelqu'un vous aime, on l'aime
par conformité de goût.
Pour l'amour d'aimer on s'invite
à partager ses moindres maux.
On prend l'habitude, très vite,
d'échanger de petits mots.
Quand on a longtemps dit les mêmes,
on les redit sans y penser...
Et alors, mon Dieu, l'on aime
parce qu'on a commencé.

...

Chérie, explique-moi pourquoi
tu dis: «MON piano, MES roses»,
et: «TES livres, TON chien...» pourquoi
je t'entends déclarer parfois:
«c'est avec MON argent A MOI
que je veux acheter ces choses.»
Ce qui m'appartient, t'appartient!
Pourquoi ces mots qui nous opposent:
le tien, le mien; le mien, le tien?
Si tu m'aimais tout à fait bien,
tu dirais: «LES livres, LE chien»
et: «NOS roses».

PAUL GERARDY.

Guerra contra los dragones de oficio

TEMPO es ya de protestar! Unámonos, declarando guerra, pero guerra a muerte, a esos llamados dragones de oficio, bacilos mucho más terribles malignos y mortíferos que los del tífus, fiebre amarilla, cólera, etc. Estos atacan la materia que, tarde o temprano, cumpliendo la ley natural y divina, de todo lo que nace tiene que convertirse en el polvo de que fué creada, mientras los primeros hieren algo más delicado: el alma! Heridas que no cicatrizan jamás! Se vive muriendo y esta agonía lenta, prolongada, continua, mina la existencia, como el agua horada la piedra por más dura y rocosa que sea; agosta las flores de amor y ternura que la ilusión hizo brotar en la fecunda tierra del corazón femenino—flores que por la perfidia del hombre nacieron al borde del sepulcro! Acariciadas por la brisa del cariño, pero ¡ay! de un cariño fementido, abrieron lozanas su broche dejando escapar todo su perfume, sin advertir que el cierzo de la falsía agostaría muy pronto y para siempre sus corolas!

Mujeres olvidadas, pobres parias del amor — condenadas por la crueldad del dragón de oficio, a errar sin rumbo, viendo extinguir día a día la luz de la fé, sin que un solo rayo de esperanza disipe las profundas tinieblas de vuestra alma; barquilla sin timón expuesta a naufragar, a desaparecer, entre las furiosas olas del mar turbulento de la vida; hojas secas, a quien el viento arrastra en pos de sí en caprichosas evoluciones, olvidándo las después en el camino. ¿Qué atractivos tiene ya para vosotras la existencia? ¡Ay! Ninguno... Volverá la seductora primavera, haciendo sentir por doquiera sus encantos; haciendo brotar al mágico conjuro de su voz de hada benéfica, millares de flores perladas con las lágrimas de la sonrosada aurora; las avejillas llenarán el aire de armonías con la sentida escala de gorjeos, uniendo sus dulces cantos a la música de la brisa en el follaje... ¡La vida en todas partes triunfante, bulliciosa, juguetona, iluminando con centellos de alegría las frentes, endulzando las voces, haciendo latir los corazones!... En todas partes la vida para hacernos sentir ¡cruel ironía, más honda, más tétrica y sombría la inmensa soledad de nuestra alma. ¿Qué os aguarda el futuro? Largas noches de insomnio, de tinieblas, horas interminables de cruel hastío, sin objeto, sin presente, sin ayer...

Horas de llanto que tenéis que verter a solas para para que el mundo no se mofe de vuestro dolor... Si, tal es la anomalía del corazón humano. Se derraman lágrimas por ficticios dolores, hijos de la fantasía del poeta o novelista, conmueven tal o cual obra dramática, mientras provo-

can risa o insultante compasión los grandes pesares que despedazan el alma!

Y ¿por qué, mártires del amor no correspondido, recorreis la senda espinosa del dolor sin exhalar una queja, sin maldecir al que, porque sí, por mero placer, os condenó a tan horrible vía crucis? ¿No es justo que anatematizéis el egoísmo de almas tan mezquinas que por cualquier fama de modernos Tenorios, o de ennumerar, llenos de necias vanidades, las conquistas realizadas; no sintiendo nada en su corazón, muerto a todo afecto noble y puro,

perturban la mente con palabras estudiadas; hacen entrever un paraíso de ventura, elevan entre nubes de incienso adulatio, hasta la elevada cúspide del amor, para desde allí, arrojaros sin compasión, sin remordimiento, al infierno de la desesperación, viviendo solo de recuerdos que pertenecen a la muerte!

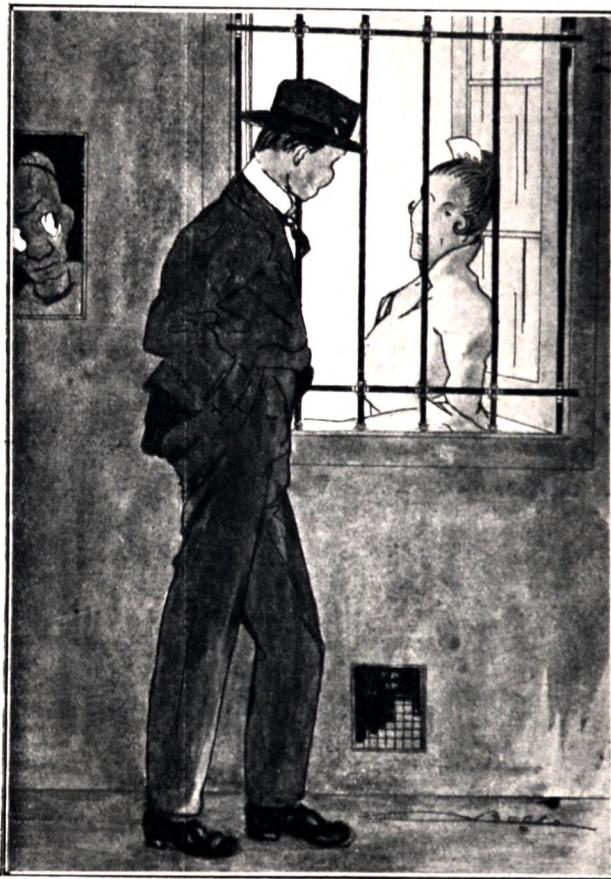
¡Oh! guerra sí, guerra contra los que juegan con la felicidad de la débil mujer; que despiertan dormidos o aletargados afectos; hacen vibrar delicadas fibras del alma y la condenan al más infernal de los suplicios: al tormento de amar sin ser amado!

Mariposas humanas, que revoloteais en torno de la mujer, emponzoñando con el hábito venenoso del engaño el aire que vivifica su existencia; seguid, seguid eclipsando con vuestra funesta sombra el sol de su felicidad y ojalá que el gemido de tantas víctimas no interrumpa vuestras orgías, ni el llanto que haceis derramar enlode la senda florida que cruzais.

Aspirad con avidez las rosas que encontréis en el camino, sin temor de heriros con sus espinas. Gozad hasta verlas a vuestros piés, mustias, próximas a morir, agostadas por helada falsía. La tumba

del olvido donde sepultais tantas víctimas, se abrirá una vez más para recibir en su seno los yertos despojos de un pobre corazón... ¿qué importa? ¿Cierran, acaso, diréis, su broche las flores que matizan la campestre alfombra porque se marchite una de sus hermanas? ¿Pierde algo de esplendor la bóveda diamantina del firmamento, cuando una estrella oculta su luz? No. Las flores seguirán embalsamando la atmósfera con sus perfumes, mezclados por la apasible brisa; las estrellas continuarán con eterna impasibilidad bañando la tierra con su ténue y melancólica luz... y la tumba recién abierta quedará también olvidada sin que la siempre viva del recuerdo aminore la soledad del fúnebre recinto.

DADIVANIT



Página Infantil

DICHA SEGURA

El maestro, rodeándose de sus discípulos, media docena de rapaces de hasta diez años el que más, les dijo: «Hoy no damos clase: hoy os quiero contar un suceso, del que se desprende la más sana enseñanza del mundo. Oídmelo».

Y los chiquillos, gozosos con la idea de no dar la lección aquel día (lección que el que más y el que menos no había estudiado bien), y más animados y contentos aún por la curiosidad que siempre despierta en las almas vírgenes todo género de relatos, se dispusieron a escucharlo con sus cinco sentidos.

Entonces el maestro, que si no era precisamente un chico era muy joven todavía, encantado de la atención que su pequeño auditorio le prestaba, habló así:

«Paseando por el campo llegué una tarde a una casita más blanca que la nieve y más alegre que la primavera... Por todas sus puertas y ventanas asomaban flores, como si la casita estuviese tan repleta de ellas que no pudiera contenerlas y guardarlas dentro... En el tejado unas palomas revoloteaban alegres, diciéndole adiós con sus alas al sol que, dorando el cielo, se hundía detrás de los montes lejanos... La soledad era completa. «Aquí son felices», pensé, y entré en la casita con el pretexto de pedir un poco de agua. Me salió al encuentro un mozo de mediana edad, robusto y simpático.

— ¿Agua quiere usted? ... Sí, señor. Pero siéntese y descanse un momento.

«Bebí el agua que me sirvió, limpia, fresca, y tan pura como la dicha que allí se respiraba. Ponderé su frescura y limpieza y me dijo el muchacho con orgullo:

— Desde la fuente del cortijo la traigo yo: ¡yo mismo!

— ¿De qué vives? — me atreví a preguntarle.

— De lo que me dan estas tierras que rodean mi casa y que yo mismo labro.

— ¿Y vives solo?

— ¿Solo?... ¡Quia! Solo se aburre uno. Y como yo no gusto de aburrirme, busqué una compañera... ¡y la encontré!

— ¿Y tu mujer será muy buena?

— Muy buena. La elegí yo: ¡yo mismo!

— ¿Y muy guapa?

— Una Virgen. ¡Yo mismo la elegí!

— ¿Y tienes hijos?

— Uno como una rosa.

— ¿Ese no lo habrás elegido tú?

— Mire, señor, las criaturas nacen según el cariño que los padres se tienen... A esos que se casan y están siempre a la greña, ¿sabe usted?, por fuerza han de salirles los chiquillos flacos y feos lo mismo que demonios... Pero a los que se quieren con toda su alma... ¡tienen que nacerles muy guapos! Y como ella se desvive por mí, seguro de que yo me dejaría hacer pedazos por quitarle la sombra de una pena, de ahí que haya venido al mundo ese cacho de gloria...

«Aquel hombre no quería ver en su felicidad las huellas de otra voluntad ni de otras manos que las suyas. Elige unas flores y me dijo:

— Si que están que da



gozo verlas. Lucen tanto porque las cuido yo.

— ¡Igual lucirían — repiqué — si las cuidara otro.

— «Para mí no — me contestó riendo.

— ¿Y esa parra?

— La planté yo: ¡yo mismo!

— ¿Y esta casita es tuya?

— Mía. ¡Yo mismo la hice!

«Sus tierras, sus flores, su huerto, sus amores, su casa... ¡Todo! ¡Todo era fruto de su voluntad, de su inteligencia y de su corazón!

«Volví al campo... En el cielo brillaba ya un lucero frente a la casita. Los insectos se estremecían a mi paso... Me pareció que chicheaban como imponiéndome silencio, porque venía la noche y con ella la quietud y el misterio...

«Yo iba camino de la ciudad soñando despierto. Soñando con una casita como aquella, tan blanca y tan alegre, donde no hubiese más que flores y flores, todas las de la tierra, y de las cuales yo pudiese decir, como expresión de la única dicha segura: «Las planté yo: ¡yo mismo!»

No olvidéis nunca esta lección, y os aseguro que seréis hombres de provecho en la vida.

S. y J. ALVAREZ QUINTERO.

■ ■ ■

EL DUENDE

Un pobre de espíritu se fué un día a ver al cura de la parroquia, y con cara muy seria, y algo asustado todavía, le dijo que había visto un espectro — ¿Adonde y cuándo? preguntó el cura. — La noche pasada, contestó el hombre, pasaba cerca de la Iglesia, y vi al espectro. — ¿Y en qué forma se le apareció? — Tenía la forma de un gran burro. — Vaya Vd. a su casa, buen hombre, díjole el cura, y no hable a nadie de lo ocurrido, pues se asustó Vd. de su propia sombra.

■ ■ ■

EL FILÓSOFO

Lessing, el filósofo, era conocido como hombre de una distracción excepcional. Una anécdota nos dice que, una vez fué a llamar a su propia puerta, y la sirvienta que había mirado por la ventana, no lo reconoció y le dijo: — El profesor no está en casa — Oh! muy bien, contestó él, vendré a llamarlo otra vez — y se fué lo más tranquilamente.

Es digno de probarse la bebida sin alcohol LORY, de exclusiva elaboración del APIARIO IRIS, a base de miel de abejas y frutas. La moderna maquinaria instalada en el local de la calle 18 de Julio, permite darse cuenta de la higiene escrupulosa con que se elabora dicho refresco, libre de toda impureza.

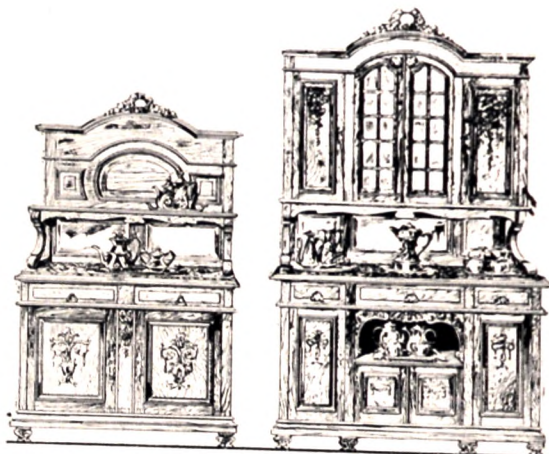
Es de felicitar al propietario del APIARIO IRIS señor Celli, pues gracias a su iniciativa podemos saborear una bebida digestiva y refrescante, y que a la vez reúne todas las garantías imaginables de aseo, perfecta elaboración y fino paladar, la que nos permitimos recomendar.



MUEBLES

AL CONTADO
Y POR MENSUALIDADES

Hermoso Juego
de Comedor
estilo Luis XVI



Compuesto de Aparador, Trinchante, Mesa, y doce Sillas tapizadas. — Con mármoles Verona, Espejos, y cristales biselados y herrajes de bronce. ::

EUGENIO BAZERQUE & Cia.

RINCON, 417.-ENTRE MISIONES y ZABALA

Bazar y Bazarcito COLON



Objetos de arte — Artículos para regalos
Cristalería fina. — Flores naturales y artificiales

SECCION JUGUETERIA, etc.

FONT y STARICCO

SARANDI Y JUAN C. GOMEZ

José Garayalde

IMPORTACION DIRECTA



Brillantes, Perlas, Piedras preciosas, Alhajas finas y Relojes - - -

ALTAS NOVEDADES EN COLLARES
— DE BRILLANTES Y PERLAS —

ULTIMAS CREACIONES EN JOYAS
— PARA REGALOS —

Tenga Vd. en cuenta los
precios de esta Joyería —

LA PERLA

ITUZAINGO, 1433 — Montevideo

CASA DE COMPRAS EN PARIS

AVISOS PROFESIONALES

ALBERTO MAÑE Médico Cirujano 25 de Mayo, 710	MELITON ROMERO Abogado Rincón, 688	LUIS PIERA Y MIGUEL A. PRINGLES Abogados Buenos Aires, 521	OCTAVIO RODRIGUEZ Abogado Juan C. Gomez, 1535
RODOLFO FONSECA Médico Juan C. Gómez, 1387	BUENAVENTURA DELGER Médico Ituzaingó, 1317	JUAN B. MORELLI Médico Canelones, 982.	J. RODRIGUEZ ANIDO Médico Uruguay, 1586
AUGUSTO DUPONT Escribano Ituzaingó, 1536	DOMINGO BORDABERRY Abogado Agraciada, 2871	FELIX G. FERNANDEZ Profesor de Química Da clases particulares Arisemendi 1435	Hector Alberto Gerona Escribano Zabala, 1317 y 18 de Julio, 2282
JUAN C. MUNYO Especialista en oído, nariz y Garganta Uruguay, 961	HECTOR AZAROLA GIL Dentista Consultas: Diurnas de 3 a 5 Id. Nocturnas de 8 1/2 a 11 Colonia, 1387	Eduardo Brito del Pino (hijo) Abogado Paraguay, 1422.	HECTOR LAPIDO Abogado Ciudadela, 1440
GUILLERMO WILSON Abogado Cerrito, 327	Ricardo Casaravilla Sienra Escribano Misiones, 1388	CARLOS BUTLER Rayos X y Radium San José, 838	EDME VAILLANT Traductor Público Alzibar, 1371
MARIO GUADALUPE Escribano 25 de Mayo, 529.	ENRIQUE MENDEZ Médico Oculista Uruguay, 1223	FELIX A. OLIVERA Médico Agraciada, 2783	MARIO ROSSI Médico-Cirujano Cerrito, 526
Arteaga, Martorell y Lasala Arquitectos Alzibar, 1313	JUAN ANDRES CACHON Abogado Misiones, 1380	LIBORIO ECHEVERRIA Abogado Juan C. Gomez, 1428	J. Carlos Gomez Haedo Abogado Zabala, 1374

TIPOGRAFIA MODERNA DE Francisco Arduino

CASA PREMIADA CON MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICION
DE TURIN DE 1911



Tricomías ::
Catálogos
y Revistas
Ilustradas

CALLE CERRITO, 691-693
CASI ESQUINA JUNCAL

Teléfono: URUGUAYA 1887 (Central)
MONTEVIDEO



Casa

Sorrenti

Mercedes, 1195

Otoño - Invierno
de 1916



BANCO de la REPUBLICA ORIENTAL del URUGUAY

CAJA DE AHORROS
SECCION ALCANCIAS

El Banco de la República tiene establecidas en la Casa Central, Cerrito y Zabala; Agencia, (Rondeau y Valparaíso): Caja Nacional de Ahorros y Descuentos, (Colonia Florida y Ciudadela); en todas las Sucursales y en las Agencias de Rentas.

Explicaciones. — Deposita Vd. dos pesos, en el Banco y en el acto se le entregará gratuitamente una Alcantía cerrada con llave, quedando esta guardada en el Banco. Esos dos pesos son suyos, ganan interés y puede Vd. retirar en cualquier momento devolviendo la alcantía.

Cuando lo crea oportuno trae Vd. la Alcantía al Banco donde se abre á su vista y se le devuelve cerrada, después de retirar el dinero que contenga y acreditarlo en su cuenta.

Los saldos en dinero así depositado, ganarán intereses de acuerdo con la siguiente escala:

Desde \$ 1 á 500 — 6 por ciento anual; Id. id. 501 á 1000 — 5 id. id. id. Por mayor suma — Convencional.

Su dinero lo tiene Vd. siempre disponible pudiendo retirarlo en cualquier momento.

Ley Orgánica del Banco de la República O. del Uruguay de 17 de Julio 1911. Art. 12, párrafo 2.º. El Estado responde directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco.

Banco de Préstamos Inmobiliarios

411 - 25 DE MAYO - 411

Capital autorizado: \$ 4.000.000

TASA DE INTERESES

Abona por depósitos á plazo fijo:

á 3 meses	el 5 0 0	anual
» 6 »	» 5 1/2 0/0	»
» 9 »	» 6 0/0	»
» 12 »	» 6 1/2 0/0	»

CAJA DE AHORROS

Abona 6 0/0 sobre cantidades que no sobrepasen de 500 pesos.

Compra y venta de inmuebles a comisión.

Cobranza de cupones, vales, conformes.

Administración de propiedades.

Jaime R. Navarro

Director - Gerente

Banco de Londres y Río de la Plata

418 - Calle Cerrito - 418

Agencia: Calle Río Negro, esq. Miguelete

Frente a la Estación del Ferrocarril

Casa Matriz: EN LONDRES

SUCURSALES:

Francia: París
República O. del Uruguay: Paysandú, Salto
Argentina: Buenos Aires, Barracas al Norte, Once de Septiembre, Boca, calle Santa Fe, 2122 B. Irigoyen 1138, Rosario Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Concordia, Córdoba, Tucumán, Paraná.
Brasil: Río Janeiro, Santos, San Paulo, Pernambuco, Bahía, Pará, Curitiba, Victoria, Manaus (Agencia).
Chile: Valparaíso. — Agencia en Nueva York.

Capital autorizado	£ 4.000.000 ó sean \$	18.800.000
» suscrito	» 3.000.000 » »	14.100.000
» integrado	» 1.800.000 » »	8.460.000
Fondo de reserva	» 2.000.000 » »	9.460.000

El Banco da y toma giros y emite carta de crédito sobre las principales ciudades del mundo. También expide Giros Postales sobre todos los pueblos de Italia que tengan Oficina Postal y en general se ocupa de toda clase de operaciones bancarias.

TASA DE INTERESES

Se abona: Por depósito á 30 días de aviso	1 0/0 anual
» » » 3 meses fijos	3 » »
» » » 6 » »	4 » »
» » » 12 » »	4 » »
En caja de Ahorros con libreta (de \$ 10 para arriba)	
á vencer cada 3 meses	3 » »
» » » 6 » »	4 » »
» » » 12 » »	4 » »
Se cobra: Por adelantos en cuenta corriente	Convencional.
» descuentos de vales ó conformes	» »

MONTEVIDEO.

EDUARDO RICHARDS, GERENTE.

La Caja Nacional

- DE AHORROS y DESCUENTOS -

abona por depósitos
en caja de ahorros el interés de

6 0/0

Los depósitos que por tal concepto se reciban, tendrán la garantía subsidiaria del Estado, de acuerdo con el artículo 12 de la Carta Orgánica del Banco de la República.

Calle Colonia, esq. Ciudadela

London & Brazilian Bank, L.^{ted}

1477 - ZABALA - 1477

Capital suscrito (125.000 acciones de £ 20). . . . £ 2.500.000
 " integrado 1.250.000
 Fondo de reserva 1.400.000

Casa Matriz: 7, Tokenhouse Yard, Londres

SUCURSALES:

República Argentina: Buenos Aires, Rosario de Santa Fe.
Brasil: Rio de Janeiro, Pará, Manaus, Ceará, Pernambuco, Bahia, Santos, San Paulo, Curitiba, Rio Grande do Sul, Porto Alegre.
Francia: Paris, (5 Rue Scribe).
Estados Unidos: Nueva York (Agencia), 56, Wall Street.
Portugal: Lisboa, Oporto.
 El Banco tiene corresponsales en Bélgica, Francia, Italia, Portugal, España, Sud Africa, Turquía, Siria, Australia, Nueva Zelandia.
 El Banco emite giros sobre las ciudades y pueblos principales de los países que preceden.

TASA DE INTERESES

EL BANCO ABONA:

En cuenta Dpto. á retirar con 30 días de aviso, 3 o/o anual
 " " " " " 60 " " " 4 " "
 " " " " " 3 meses fijos 4 " "
 " " " " " 6 " " " 4 " "
 En caja de Ahorros hasta \$ 10.000 4 " "
 Por Depósito á mayor plazo Convenional

SE ENCARGA DE TODA CLASE DE NEGOCIOS BANCARIOS

F. B. HILL, GERENTE

BANCO FRANCES SUPERVIELLE Y C^{IA}.

423 - 25 DE MAYO - 427 - MONTEVIDEO

En Buenos Aires — SUPERVIELLE Y C^{IA} -- Pasaje General Güemes

SMERALDI & ZANOTTI
TALLER DE FOTOGRAFADO
 CALLE PARANA 739

Advertimos á nuestra numerosa clientela que habiendo recibido todas las maquinarias ultra modernas, por el procedimiento rapidísimo de la Tricomia, podemos poner al alcance de todo el mundo dicho trabajo á precios muy reducidos. — Recomendamos ademas nuestra Casa para toda clase de trabajos, como ser: Revistas, Catalogos, Diarios, etc.

SMERALDI & ZANOTTI

DOS AMERICANOS

— ES EL CAFÉ QUE TIENE MAYOR ACEPTACION EN LA REPUBLICA —



PREMIADO EN LAS EXPOSICIONES DE

CENTENARIO ARGENTINO, AÑO 1910 — EXPOSICION DE HIGIENE - PARIS, AÑO 1914
SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA, 1915



Bien me decía Vd. que este es el mejor café que se
expende en Montevideo

Sucursales en Montevideo

Ituzaingó, 1371

Agraciada, 2022

San Salvador, 1604

Tacuarembó, 1000

EN BUENOS AIRES

Carlos Pellegrini, 885

Rivera, 112 y 114

CASA CENTRAL:

CALLE RIO BRANCO, 1234

LOS DOS TELÉFONOS

CÓDIGO: RIBEIRO

REPARTO A DOMICILIO

Relojeria, Joyeria y Talleres de Precision

D' AIUTOLO H. NOS

FABRICANTES-IMPORTADORES
Unicos representantes del Reloj "BI-HOR"

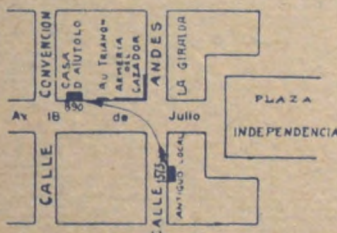


RELOJES, ALHAJAS Y PIEDRAS PRECIOSAS

— GRAN SURTIDO DE CAMAFEOS —

La Casa cuenta con artistas

JOYEROS
RELOJEROS
ENGARZADOR
GRABADOR
GINCELADOR
CADENISTA
Y DORADOR



Piedras para todos los meses

GRAN SURTIDO

En.	Granate
Feb.	Amatista
Mar.	Rubis
Abr.	Brillante
May.	Esmeralda
Jun.	Perla
Jul.	Tourmalina
Ag.	Záfiro ó Sardónica
Set.	Crisólita ó Agata
Oct.	Opalo
Nov.	Topacio
Dic.	Turquesa ó Malaquita

Engarzamos los brillantes y piedras preciosas á la vista del cliente y en el acto. — Las reparaciones de alhajas finas se hacen igualmente á la vista del cliente.

Componemos los relojes por difícil ó deteriorados que estén.

Fabricamos cadenas y alhajas con el verdadero 18 k. de ley 750 mm. ó sea el más alto que se elabora, igual que en Francia é Inglaterra.

Variado surtidos en Relojes, Alhajas y Piedras de colores á precios sin competencia. — Venta al por mayor y menor.

AVENIDA 18 DE JULIO, 890